TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

un mes entre prostitutas



1'25 PTS.

UN MES ENTRE PROSTITUTAS

PRIMERA EDICION
JULIO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

En el mundo de la prostitución existen aspectos infinitos, que la sociedad ignora y desprecia, pero que evidencian una moral propia, bastante más plausible que la que nos ofrecen otras instituciones sociales que pasan por ser árbitros de la ética más pura.

No todas las prostitutas entran en la catalogación que hicieron Lombroso y otros criminalistas célebres; entre estas mujeres hay verdaderas víctimas de la sociedad y de la civilización, que, a pesar de todo, de su vida de horrores y depravaciones, conservan sentimientos nobilísimos, que no perecen, que resisten y permanecen vigorosos ante los embates brutales de la sociedad puritana, que se obstina en achacar a este mal necesario todos los crímenes y aberraciones, queriendo hacer de estas infelices la escoria repugnante de la sociedad.

Ya conocemos cuáles son las causas principales que empujan a una mujer a estos abismos sin fondo; prescindiendo de las predisposiciones hereditarias, bastante menos definidas de lo que pretenden algunos tratadistas, no puede decirse otra cosa sino que las determinantes de la prostitución son, principalmente, la inmoralidad del hogar y la miseria de la familia. Muchas mujeres, no cabe duda, caen en estos bajos fondos a pesar de la educación y del mejor equilibrio económico de sus hogares. En este caso, aunque no existan esas razones morbosas, puede haber multitud de causas que a lo mejor se arraigan en los mismos conceptos de la moral puritana; la muchacha seducida por su novio, la que fué abandonada al final de un embarazo y la que fué expulsada del hogar por amar a un hombre que no era del agrado de los padres, se encuentra en casi todos los prostíbulos de España y en muchos de otros países, como ejemplo vivo de estos errores de la moral antibiológica, que pugna con la antropología.

Hay muchas también a las que su ardor genital las inclinó por estas sendas de perdición y vicio, pero son las menos; todo cuanto se crea y se piense acerca del temperamento sexual de las prostitutas no es más que un mito grosero; yo estoy plenamente convencido de que en el mundo de la prostitución hay una inmensa mayoría de mujeres que desean los placeres sexuales con menos interés que el resto de las mujeres honestas, y puede demostrarse también que el número de frígidas e indiferentes es infinitamente más voluminoso que el de las sensuales.

Todas estas opiniones, equivocadas e inadmisibles, se forjaron escuchando el testimonio de los hombres que acuden a las prostitutas con más recursos en la vanidad que en su potencia sexual. Preguntad a un hombre que acaba de abandonar el lecho de una prostituta, y no dejará de asegurar que se le ha entregado entera tantas veces como él haya querido. Y esto es falso. Realmente, no habrá hecho otra cosa que fingirse una viciosa exaltada, después de convencerse, cosa fácil y rápida, de que esa era la táctica conveniente para asegurarse la amistad del imbécil, que así seguirá ayudándola a vivir.

Pero la verdad es que no todas las mujeres galantes, sean de la clase que fueren, disponen de mayor capacidad sexual que la mujer más honesta, ni cometen los excesos reales de que es capaz una monoándrica durante los primeros años de su matrimonio. Además, la prostituta es más comprensiva en este terreno que la mujer decente; y más sincera también. Yo sé de una mundana francesa que durante once meses rehusó las proposiciones que la hicieron muchos hombres sólo porque su amante, un estafador, fué recluído en la Santé; en cambio, las esposas de hombres impotentes o ausentes no son capaces de tamaña fidelidad durante mucho tiempo.

En el volumen presente vamos a estudiar muchos casos curiosos; vamos a demostrar, sin lugar a dudas, que en el mundo de la prostitución de una gran ciudad europea—París—, se encuentran tipos de mujeres capaces de desempeñar una cátedra de sana moral, de ética positiva, en la Universidad más puritana. Veremos madres abnegadas y amantes, hijas llenas de sentimientos nobilísimos y de hermosas cualidades, y hasta esposas honradas—a pesar de todo—, capaces de todos los sacrificios y de todas las renunciaciones, que no comprenderán jamás las personas que, gracias a su hipocresía, viven dentro de las sociedades honestas.

Pero también hay todo lo contrario; también existen mujeres

y hombres que se desenvuelven dentro de los márgenes amplios de una moral monstruosa; éstas son las de Lombroso, las que nacieron para prostitutas y expresan sus instintos criminales en esta esfera incruenta, que equivale a la más feroz y brutal delincuencia de los hombres, aunque sean las menos, casos aislados que van desapareciendo, porque hasta entre las prostitutas la civilización no ha dejado de influir con sus normas educadoras y justificantes del progreso cultural.

LA CASA DE MADAME RENARD

En los tiempos de la guerra.—Musset, Baudelaire y la moneda de dos francos.—Durand, el «gancho».—Una venganza en el «milieu».—Las condenadas a muerte.—El caso de la «Matelot».—Un chulo español, y basta.—La fidelidad del «souteneur».—La razón de ser del chulo.—El romanticismo de «Raul el garçon».—Los triunfos de Josefina Baker.—Las historias fantásticas de Madame Renard.—La celebridad de su burdel.

En París ha desaparecido por completo el viejo prostíbulo; la guerra acabó con él, lanzando a sus reclusas hacia el frente de la lucha, donde tenían muchas misiones patrióticas que desempeñar.

Las autoridades no se dieron cuenta de que la prostituta abandonaba el viejo sistema del claustro para lanzarse a la calle abiertamente en busca de la enorme legión de oficiales y soldados de todos los ejércitos que en calidad de permisionarios venían a París para descansar y reponerse de las tremendas fatigas del frente.

Los aviones y cañones alemanes empezaron a bombardear la gran ciudad codiciada, y la población civil recibió instrucciones adecuadas para preservarse de la acción funesta de los explosivos. Todo el París subterráneo abrió sus puertas a la falange de ciudadanos que huían de las incursiones de la aviación boche; las estaciones más profundas del Metropolitano vinieron a maravilla para que se refugiaran las gentes, hasta el extremo de convertirse en domicilios, donde se guisaba, se dormía, se tenían diversiones y se disfrutaban placeres que la guerra, lejos de suprimirlos, había aumentado con estos alicientes tan originales y esa forzosa promiscuidad de las gentes que no podían marchar al Mediodía, cerca de la frontera de España. Hubo una época de verdadero terror, antes de lo del Marne, que pareció impulsar a la población parisina a una demanda de placeres desordenados, capaces de compensar la angustia que metían en el ánimo las bombas de los *taubes* y las granadas

de la *grosse Bertha*, el formidable 42, que no dejaba de mandar los más trágicos saludos a esta bella ciudad desmoralizada.

Bien pronto las prostitutas que habían marchado al frente fueron reemplazadas por las mujeres que provenían de las regiones invadidas y por las mismas parisinas, que no se habían resuelto antes a dedicarse a tan productiva profesión, para lo que tan bien se prestaban las aglomeraciones en los abrigos del "Metro". Entonces fué, en el otoño de 1914, cuando una antigua prostituta de Montmartre, madame Renard, reclutó a un número enorme de jóvenes a las que fué a instalar en el subterráneo profundo de una casa inmediata al Sacre-Coeur montmartrés. Las ganancias mensuales completamente líquidas de este prostíbulo ascendieron durante dos años a 200.000 francos, sin contar con que los beneficios de cada muchacha no eran menores de 8 a 10.000 francos mensuales.

Madame Renard ha logrado resistir los embates de la prostitución callejera, y aún sostiene su burdel con el mayor decoro en una de las callejas que afluyen a la rue Poissonnière.

No hace dos semanas tuve ocasión de visitar a la vieja proxeneta, que, enjoyada y digna, con el pelo blanco, procura conservar el orden entre sus mujeres y la enorme clientela—casi todos provincianos—que diariamente las visita.

El ambiente de esta casa, a pesar de todo, es agradable y limpio. Madame Renard habla de la higiene como de la única religión positiva del porvenir. Sus *petites-filles* se bañan dos veces al día, y en agua fría, además; no las alimenta: las ceba. Además, procura hacerlas comprender las grandes ventajas de la gimnasia respiratoria como uno de los mejores preventivos de la tuberculosis. Los lunes sale al campo—a Passy, a Saint-Germain, a Malakoff a Vitry o a Versalles—acompañada de sus *petites poules*, que ríen, saltan y juegan como inocentes colegialas recién salidas de Saint-Maur.

Estuvimos en Malakoff. Mi acompañante, un joven médico francés que nunca se había interesado por estas cosas, apenas daba crédito a sus ojos ante el encantador espectáculo de diecinueve mujeres, bellas y elegantes, que no hubieran hecho ningún mal papel en *Le Colisee* u otro café de los Campos Elíseos donde se cita por las tardes la crema de París.

Madame Renard, que aún hace tricot, a pesar de sus años, nos ha acogido con amabilidad suma, ofreciéndonos dos cubiertos en su mesa campestre. Nos ha presentado a sus *poules* con la misma ceremonia que lo hubiera hecho en el "Rond-Point", y creo que ni una sola de las muchachas ha dejado de mostrarse correcta y púdica.

Una, Ginette, ex alumna de un colegio de Angulema, tiene veinte años y lee a Musset. Es rubia y delicada como una princesa de cuento de hadas; pero, al día siguiente por la noche, nos ha pedido una moneda de dos francos, "para hacer un pequeño trabajo". La dimos la moneda; la colocó en el ángulo de la mesa a que estábamos sentados, y nos mostró la habilidad que tenía para cogerla entre los grandes labios de su vulva, que hacía mover a manera de pinzas. Para completar el trabajo, llamó a otra compañera, que ya conocía bien el juego; la aplicó la boca al sexo, y aún buceó unos segundos hasta coger la moneda entre los dientes. La cambiaron por dos pequeñas; cada una se había ganado un franco.

Yo he hecho todo lo humanamente posible para descubrir en el cuerpo y en el rostro perfectísimo de Ginette los rasgos morfológicos de que habla Lombroso para justificar la criminalidad de la prostituta de nacimiento, y no encontré nada.

—Parece mentira, Ginette, que tú, tan bella, hagas esas cosas de tan mal gusto.

—*¡C'est l'existence!*—repuso con gesto cínico.

Y agregó:

—Estas cosas, que tanto nos repugnan a nosotras, agradan a la inmensa mayoría de los clientes de madame Renard. Desde luego, no lo volveremos a hacer delante de ustedes, ¿verdad, tú?

Se había dirigido a la compañera, una bestia bearnesa que paseaba por la sala completamente desnuda, exhibiendo un "pay-pay", cuyo mango se había insertado profundamente en el orificio anal.

—*Toutes les hommes ils sont cochons*—contestó a la rubia.

Y para subrayar la frase remedó con los labios el ruido estruendoso de una ventosidad. Todas las compañeras que estaban próximas rieron de buena gana el desplante de la bearnesa. Madame Renard nos miró como demandando perdón, aunque también rió la gracia de su pupila.

La de Bearn se sentó a nuestro lado. Preguntó a mi compañero que si era poeta.

—Algunas veces he escrito versos; ¿y tú?...

—¡Bah...!—respondió—. Cuando iba al colegio nos obligaban a inventar cantares para la virgen, que luego entonábamos a coro. Pero, chico, desde que se murió Baudelaire, se acabó la poesía en Francia.

¡Qué bien nos trataba ese tío! ¿Verdad?... Bueno, andar, convidarnos a cerveza; es lo más barato que puede beberse en estos sitios.

Al cabo de una hora pedimos la cuenta; cuatro tercios de cerveza valían cincuenta francos—veintitrés pesetas al cambio de aquel día—, sin contar la propina del camarero; madame Renard vino a decirnos que estaba todo pagado; tenía mucho placer en invitarnos, "aunque comprendo—dijo—que esto no les debe agradar demasiado".

—Ninguno de mis clientes distinguidos sabe lo que son mis *poules* hasta que no las conoce en la intimidad—afirmó con acento enfático.

En esto entraron en el establecimiento dos señores, a los que la dueña fué a recibir con la efusión que inspiran los conocimientos antiguos. Eran agentes de la *Brigade Mondaine,* que buscaban a un protegido de madame, un tal Durand, que actuaba de "gancho" en los bulevares, cuyas señas facilitó en la Prefectura un joven suramericano que le dió a cambiar un billete de 500 francos, que no había vuelto a ver, a pesar de haberle esperado durante más de media hora en la terraza del café Mazarino.

El hecho había tenido lugar aquella misma tarde. Madame Renard aseguró que no había visto a Durand en todo el día, desde las nueve de la mañana que salió de su cuarto.

—Yo no creo que por esa suma haya cometido tal tontería, señores agentes. A Durand no le faltan nunca mil francos en su cartera—exclamó la vieja, sinceramente sorprendida.

No valieron de nada sus protestas ni sus años; pero cuando se disponían a marchar hacia la Comisaría del distrito, llegó Durand con un brazo en cabestrillo. Refirió lo que le había ocurrido. Un señor, que se hospedaba en un hotel de la rue Bonne Nouvelle, le había mandado a comprar un específico, dándole un billete de 500 francos; pero, al atravesar una calle, camino de la farmacia, fué arrollado por un automóvil, que afortunadamente sólo le produjo una herida leve en un brazo. Después de curado y de prestar declaración, marchó en busca del exranjero para devolverle el billete, y no encontrándole en ninguna parte, entregó el dinero con una nota bajo sobre al conserje del hotel, explicándole lo sucedido y pidiendo perdón por lo que no había sido culpa suya.

No obstante, la Policía le detuvo, y para comprobar la veracidad de sus manifestaciones fueron los tres al hotel donde se hospedaba el americano. En efecto, el huésped no había regresado; pero un agente abrió el sobre, que contenía la nota y el billete de 500 francos.

Naturalmente, Durand fué puesto en libertad y la denuncia quedó sin efecto. Unos días más tarde supimos que el americano no había tenido ni siquiera el gesto de visitar al herido, aunque en la Prefectura le indicaron su domicilio y el estado en que se encontraba.

Madame Renard no dejaba de afirmar que todo el personal de su casa, desde la encargada hasta el pinche del bar, eran así de honrados y leales. Nos había invitado a tomar el té aquella tarde en una de las lujosas habitaciones de su casa particular del faubourg Saint-Denis.

Hablamos de todo un poco; de los prósperos tiempos de la guerra, del negocio actual, de la competencia callejera y de los errores de la Policía, de los que ella y sus mujeres habían resultado víctimas en muchas ocasiones.

—Esa muchacha de Bearn que ustedes vieron, es acaso la mejor de todas mis *poules,* a pesar de su apariencia. Tiene veintiún años, y vino a mi casa por su gusto, sin que nadie la condujera. Me dijo que estaba harta de pasar necesidades en su pueblo y que si sabía de algún hombre que la diera 500 francos se entregaría a él por vez primera. Ese hombre fué un médico de la Prefectura, que la extendió la certificación sanitaria para dedicarse "al arte". Por cierto que el doctor, a pesar de su oficio, se portó bastante mal con ella; tres días estuvo enferma de sus partes. Tenía entonces diecisiete años, y de esto ya hace cinco.

"Al principio—siguió diciendo la vieja—tomó el oficio con bastante prudencia y ganó dinero; pero a los cuatro o cinco meses se echó un novio que la comió los pocos ahorros que tenía. También la propuso un viaje a América, y se la llevó a Marsella; me costó mucha pena desprenderme de la muchacha, a la que ya sabía lo que la esperaba en la Argentina, cosa que la advertí repetidamente, sin que me hiciera caso. Menos mal que en Marsella se enteró de que su amante había realizado varios viajes siempre acompañado de alguna mujer; esto lo supo en la Jefatura de Policía, donde un agente, hombre de buen corazón, la colocó de sirvienta en un hotel de tercer orden. Allí estuvo trabajando honradamente, hasta que el novio salió de la cárcel, yendo a hospedarse al hotel en que ella servía. Aún siguieron sus relaciones íntimas, hasta que un día se presentó la esposa legítima del chulo en unión de una hijita de dos años. Se desarrolló la escena que es de suponer. A los gritos de socorro de la pobre madre acudió un agente; pero el criminal

tuvo la ocurrencia de dispararle un tiro con tan fatal acierto, que cuando ingresó en una clínica ya era cadáver. El asesino está cumpliendo en la Guyana, pero a la hijita, que ya tiene seis o siete años, no la falta ningún mes el dinero necesario para pagar su colegio; antes se queda la bearnesa sin comer que faltar a esta obligación que se impuso hace cuatro años. Les digo a ustedes que no hay una mujer con mejores sentimientos ni que mejor conozca el "arte" que la bearnesa. Algunas veces se ha dejado engañar por los chulos que frecuentan estas casas; pero, en cuanto puede, se cobra, y con creces.

Nos dijo que había tenido un amante, al que conoció en un baile de la Porte de la Chapelle, un extremo de París donde se da cita a lo más florido de la prostitución y el crimen. El muchacho, un apache especializado en el golpe malayo, llegó a meterse en el corazón de la bearnesa, a la que sacó cerca de tres mil francos que tenía ahorrados, con la promesa de tomar en traspaso media parte de un bar en la calle de Jean Cottin. En efecto, el amante pagó el traspaso; pero, en lugar de ponerlo a su nombre lo hizo al de otra antigua amiga con la que llevaba viviendo dos años.

De todo esto se enteró la muchacha al detalle, pero no quiso decirle nada; sabía que los francos no volvería a verlos más; en cambio, tenía la seguridad de que el estafador caería más pronto o más tarde en su venganza. Al cabo de unos días la abandonó, teniendo que volver a la casa de madame Renard, quien siempre la acogía con los brazos abiertos, pensando en que aquello la habría de servir de escarmiento. Un día fué a la Chapelle con objeto de comprobar si su antiguo novio y la amante seguían en el negocio, y cuando vió que las cosas marchaban bien, puso en práctica su plan, algo diabólico e increíble en una mujer que parecía tener los mejores sentimientos.

La bearnesa había conocido a un licenciado de presidio que frecuentaba mucho uno de los innumerables garitos del barrio, padre de una joven de dieciséis años, que ejercía el "arte" en el *milieu* de la plaza Pigalle. Esta muchacha no tardaría en marchar a la Argentina conducida por un amigo de su ex amante, el cual se dedicó en otros tiempos a reclutar mujeres para la trata; la bearnesa se enteró de todas estas maquinaciones por una conversación que sorprendió en la casa de madame Renard, sabiendo también que dos días más tarde su ex amante se encargaría de llevarla a la estación del Norte para tomar el expreso de El Havre.

Con todos estos detalles escribió una carta al padre de la joven, diciéndole que aquella noche saldría su hija de París acompañada de Jacobo Hesnard, cuyo era el nombre del que la estafó los tres mil francos, y que éste había jurado que antes de tomar el tren, para evitar entorpecimientos en el negocio, le quitaría de en medio. En el anónimo le recomendaba que estuviera prevenido si no quería caer bajo el hábil cuchillo del apache.

Naturalmente, la advertencia produjo sus frutos; el padre buscó a Hesnard, y cuando éste se hallaba más tranquilo y ajeno a lo que se tramaba en torno suyo, un tiro le tendió cerca del mostrador del bar de la rue Jean Cottin. La bearnesa estaba bien segura de que entre estas gentes no se piden más explicaciones que las que se obtienen con los cañones de las pistolas o las hojas de los cuchillos.

La Policía no se ocupó demasiado del asunto; estas gentes no se delatan jamás, siendo preciso que los hechos se ofrezcan muy claros para que los agentes se resuelvan a intervenir. Además, existe un criterio entre la Policía que no deja de ser favorable a este sistema de autoeliminación, circunstancia que aprovechan las gentes del "medio" para borrarse del mundo sin temor a los castigos y molestias que traen consigo los delitos cometidos contra las personas decentes.

Madame Renard nos refirió muchas historias de sus *petites poules*, pero ninguna tan interesante como éstas de la bearnesa, aunque la rubita mística, lectora de Musset, también podía contar cosas si quisiera tomarse ese trabajo.

A los ocho o diez días de concurrir por las noches a la casa de madame Renard, pudimos decir que éramos buenos conocedores de las costumbres de la casa y de sus alegres pupilas. Era extraño que aquellas mujeres, casi todas muy bellas, permaneciesen recluídas en aquella casa, bastante confortable, pero mucho menos que las terrazas de los cafés de los bulevares, donde hay siempre infinitas mujeres de menos importancia y hasta de ínfimo valor en el mercado del amor callejero.

Nuestra amistad con la encargada—madame Renard—nunca nos habló de este curioso aspecto—nos permitió penetrar bastante en el pasado de casi todas las pupilas de la acreditada mansión.

El asunto es bastante complejo, pero interesante en grado sumo; son muy diversas las circunstancias o los engranajes de ese mecanismo.

—¿No te agradaría más pasear por los bulevares, sentarte en las

terrazas de los cafés y acechar *cocús* en las esquinas de los Italianos?...

Esa pregunta creo que se la hice a todas, y de todas obtuve la misma respuesta, o, por mejor decir, el mismo gesto, que me daba a entender que preferían la libertad de la calle a la esclavitud del prostíbulo. Y eso que madame Renard, la encargada, y hasta los camareros, se portaban con ellas admirablemente. Lo mismo la dueña que la regenta las dejaban en libertad de salir y volver cuando se las antojase, siempre que no fuese en las horas de trabajo. Además tenían los lunes, que las leyes del burdel instituían como jornadas de descanso, para hacer cuanto quisieran, a partir de las dos de la madrugada, si no había *fiche de consolation,* o sea un cliente que se obstinase en pasar la noche entera en unión de una o más de las muchachas.

Sin embargo, no salían más que lo imprescindible, casi siempre para asistir a los oficios matinales de la iglesia de Nôtre-Dame, de Bonne-Nouvelle, en la rue de la Lune, a dos pasos de allí.

Pero la encargada nos explicó el misterio:

—*Presque toutes sont "condamnées"...*

—¿Casi todas condenadas?... Pero, ¿condenadas a qué?...

Me explicó: condenadas a muerte, o, lo que es peor aún para una mujer, al *souvenir,* esto es, al tajo de cuchillo, que desfigura para siempre y hace horrible al rostro más bello.

—¿Usted no se ha fijado en la *Matelot?* Pues tiene todo el rostro cruzado por la cicatriz de una herida que la hizo su *maquereaux,* un marinero de Tolón, que no estaba muy contento de su conducta.

Llamamos a la Matelot; es una mujer de veinticinco años, morena, fuerte, casi viril. En efecto, presenta una cicatriz, ya casi imperceptible, que la cruza el rostro de oreja a oreja; la brutal cuchillada la llevó dos dientes, que sustituyó por unos postizos.

Antes del suceso, fué amiga de un notable cirujano alemán, que había realizado en los heridos de guerra curaciones y reformas asombrosas. El hombre se la hubiera llevado a Karlsrue, donde vivía, si no hubiera sido por la tiranía del marinero, que no se resignaba a perder su *marmite.* Cuando se enteró de que su amiga estaba en el hospital fué a verla. Ella lloraba su tremenda desgracia, sin reparación; era su rostro el de una máscara trágica. Pero el cirujano la consoló bien pronto asegurándola que antes de dos meses habría logrado restituirla su natural belleza por medio de los milagros de la cirugía estética.

Entonces se la llevó a Alemania, y en su clínica, pacientemente, poco a poco, con injertos y masajes la devolvió los encantos de su rostro, que tan cruelmente destrozó la cuchillada.

En pago de la operación, la Matelot le brindó al cirujano sus encantos durante dos o tres meses, al cabo de los cuales se separaron, hartos el uno del otro, y ella regresó a París. Pero un día se encontró con su antiguo novio, que había cumplido el servicio naval viviendo ahora en el "medio" de las Fortificaciones, o sean los nidales de la peor canalla parisién.

El ex marinero la requirió de nuevo, pero ella se negó con todas sus fuerzas. Insistió el mozo cuanto pudo, pero no hubo medio de convencerla. En vista de ello, la amenazó de una sin salvación; la juró hacerse un colgante con su bella cabeza de venus salvaje. Y entonces fué cuando se decidió a solicitar la protección de madame Renard.

La historia de casi todas las pupilas de la vieja tenía alguno de estos detalles sombríos: eran condenadas a muerte, o a esas cuchilladas, más horribles que la muerte misma, por sus ex amantes, que no pueden transigir por estas violaciones y atentados a sus derechos de propiedad. En Francia, como en todo el mundo, el chulo no concibe otra moral más apropiada a su oficio; el amor le importa menos que el dinero. En España, no cabe duda, el chulo es algo más sentimental, pero menos interesado.

Así, pues, las pupilas de madame Renard no tenían *souteneur;* esto era un orgullo para ellas y para la dueña del burdel, que tenían más fe en los agentes de la brigada de costumbres que en esos elementos, que empezaban por perturbar el orden de la casa y terminaban por llevarse alguna de sus *poules* para explotarlas más a su gusto. De este tipo era una muchacha apodada *la Noiraude,* esto es, la morena, por el color broncíneo de su piel.

Nos dijo que no había conocido a otro hombre que la llegase más adentro del alma que un camarero de un café de la avenida Hoche, casado y con siete hijos. Nos sorprendió mucho que un hombre solo pudiese tener en París una descendencia tan numerosa; pero desapareció nuestra extrañeza cuando la Noiraude nos dijo que era español; estas atrocidades no las cometen en Francia más que los españoles o los judíos. Nos aseguró que no la importaba nada que fuese casado y padre de tanta prole; al contrario, conocía a todos sus chiquillos, a los que le costaba mucho trabajo sacar adelante, por lo que le entregaba con gusto cuanto la sobraba. Todas las tardes

iba a tomar café a su turno, y, pagándole con un billete de 50 francos, le regalaba la vuelta. Este hombre percibía una pensión diaria de 47,50 francos.

Quise conocerle, y, al efecto, bien aprendidas sus señas, fuimos a tomar el café a su turno. Nos fingimos recién llegados a París y deseosos de conocer algunos de sus célebres encantos. El hombre presumía de conocer bien el "medio" y por eso nos aconsejó que no dejáramos de visitar una casa de *poules* situada cerca del boulevard Poissonnière...

—¿La de madame Renard?—le interrumpí.

—¿La conocen ustedes?

—No; pero hemos oído hablar de ella—repliqué.

—¡Como que es la mejor de París!... Allí es donde están las mejores mujeres y las más sanas, porque la dueña, que ya tiene "mucho oficio", además de los reconocimientos de la Policía de Sanidad, paga a un médico particular para que atienda a sus mujeres. No siendo una que dicen que está sifilítica, las demás son de toda confianza.

—¡Caramba! ¿Y cómo se llama esa excepción?...

—Es una morena, alta y bien plantada; la llaman *la Noiraude.*

Pagamos y nos fuimos. Decididamente, el camarero de los siete hijos, español y amante de la Morena, era un sinvergüenza y un sentimental; un chulo español, y basta.

Todavía quisimos explorar el ánimo de la muchacha con todos aquellos informes tan recientes.

—Tu novio hace de ti la mejor propaganda, Noiraude; acaba de decirnos que estás como para ocupar una cama en San Luis.

Se echó a reír porque conocía el truco. La quería tanto, que jamás dejaba de hacer tan desastroso artículo cuando era un compatriota el que recomendaba; no siendo español, la Noiraude era la mujer mejor de la casa y de las más bellas de Francia.

—Lo hace—aclaró la muchacha—porque dice que el día que sepa que recibe un *sou* de un español, dejará de quererme.

—Y tú, ¿qué haces?

—Darle gusto.

Y para probar su fidelidad, agregué:

—Es una lástima que yo sea español, porque te pierdes cien francos.

—Ni aunque me ofrecieras mil.

Me convencí, por su acento de sinceridad, de que no había nada que hacer.

—Bueno, ¿y yo?—exploró mi compañero.

—Tú..., eres francés, y la cosa varía; pero, como vienes con este señor—por mí—, tampoco acaba de parecerme bien. Ahora, que si no se lo decís a mi hombre...

—No, chica—repuso—; yo también tengo una mujer que procura que nada me falte.

—¿En el "medio"?

—Sí; *trabaja* en el Capitol.

—¿Buena "marmita"?

—¡Psch!... De cinco a seis mil al mes.

—*¿N'as pas d'amie du coeur?...*

—No; ésa lo es de todo; de corazón y de sentidos.

Nuestra amiga no acababa de dar crédito a las palabras de mi colega, que mentía con todo descaro. Y no lo creía por la sencilla razón de que esa sumisión no se concibe entre las prostitutas, las cuales toleran a sus amantes que las traicionen con otras mujeres honestas; lo que no consienten jamás es que el dinero que ellas entregan lo gasten sus amantes con otras mujeres de la misma catadura.

—Chico, eres más raro que una perdiz en alta mar. ¿Y tú dices que eres francés? ¿Y de París?... ¡No lo creo!

No hubo medio de convencerla de que todo era posible. Mi amigo la pareció un hombre inferior que no sabía vivir.

—Volvió a la carga:

—Lo menos que puede hacer un hombre con una mujer que se sacrifica por él es quererla por entero; ¿no opinas tú así, Noiraude?...

Esto la hizo reflexionar. Y después:

—Eso lo hago yo por mi hombre; bueno, la hacemos todas nosotras.

Y mi compañero:

—¿Por qué razón los hombres no hemos de hacer igual?

Ella no acababa de comprender que en el "medio" pudieran existir tales emociones con esta reciprocidad. Siempre había oído decir que una *poule* está mejor mirada por las compañeras cuando hay un hombre que la guarda las espaldas frente a las injusticias que los demás cometen con ellas.

—Yo os he dicho que tengo mi "souteneur", porque no pienso acostarme con ninguno de vosotros; pero, a no ser por esto, jamás lo hubierais sabido.

—Eso es natural—tercié yo—; pero no es esto lo que discutíamos.

Lo que no me explico es la razón que vosotros encontráis para estimar muy lícito el sacrificio que hacéis las que, como tú, por ejemplo, queréis a un hombre, aunque esté casado y con hijos y enamorado de su familia, como parece que le sucede a tu hombre.

—¡A ver si te has llegado a figurar que es igual la mujer que el hombre! Yo no puedo exigir al mío que no se acueste con otra mujer, porque para eso sería necesario que yo no me dejase sobar por ningún tío..., y algo más que dejarme sobar. ¡Como que es nuestro oficio!

—No tienes razón, Noiraude; por eso que dices que la mujer no es lo mismo que el hombre, yo no puedo creer que tú te entregues a todos los hombres.

—¿Pues qué hago entonces?

—Tú ya me entiendes. Vamos a ver: ¿con cuántos te has acostado anoche?

—No recuerdo bien; cinco, seis... No, no; fueron siete. Veinte por siete, ciento cuarenta francos; sí, con siete; mira el dinero, porque hoy lunes, *rien de tout.*

—Bien, siete; ¿y tú quieres hacerme creer que has respondido a las caricias de los siete con el mismo ardor que lo harías con tu hombre?

—¡Ah, ya; eso, no! *La vérité est seulement pour celui.*

—Está bien; pero esa verdad, que tú sólo tienes para él no puede tenerla él para ti. El hombre no puede permanecer nunca indiferente o pasivo, sino que su naturaleza le obliga a todo lo contrario.

—¿Y eso qué me importa a mí? Suponiendo que yo no le diera dinero, en el supuesto también de que viniera a mí, ello me da a entender que debo tener para él algo que no encuentra en su esposa legítima; y si me quiere por el interés nada más, yo no hago sino lo que debo: pagarle con dinero la felicidad o el placer que me da con sus caricias. ¿O es que los hombres nos pagáis a nosotras para hacernos felices sin ocuparos de vuestra felicidad?...

—Razonas bien, Noiraude; pero creo que podías ahorrarte todo el dinero que le entregas diariamente ofreciéndote gratis a cualquiera de los clientes que os visitan todos los días. Opino que ésta pudiera ser una conducta positivamente económica que, al fin del mes, te reportaría muy lindos beneficios.

—¿Tú te has fijado bien en mi hombre?

—Sí.

—Pues no me negarás que es un buen tipo: guapo, alto, fino y elegante... Un hombre de verdad, que me envidian las compañeras. Los lunes, que estamos los dos libres, cenamos *chez* Dupont, y te digo la verdad, *mon petit*: sólo ver que le miran todas las mujeres, me llena de orgullo.

—Y si alguna de ésas que le miran consiguiera acostarse con él, ¿qué pensarías tú?

—Pues que mi hombre valía para eso, y ello le haría crecer ante mis ojos.

—Pero suponte que otra te le arrebatara, que te abandonase para irse con ella, ¿qué harías?...

En ese punto de la conversación, la morena se quedó pensativa. Se conoce que nunca había podido pensar en que ocurriese esto, tan natural, tan frecuente en el "medio".

—Dime, ¿qué harías?

—Pues... subirle la renta, darle más dinero.

—¿Y si ello fuese menos que lo que le diese la otra?

—¡Bah! Por cincuenta francos diarios y cuatro noches al mes, encuentro yo hombres a montones entre los peliculeros de Joinville.

Todas las prostitutas no piensan como ésta, y en ello, en el caso de que fuese sincera, que lo dudo. En el "medio", las pasiones son más violentas y descaradas que en la sociedad decente; son también más sinceras. La mujer se somete a la tiranía del macho por una inclinación instintiva, por una predisposición natural de la feminidad, que necesita ser protegida. El chulo accede a los caprichos de su coima porque le es más cómodo vivir así, con cien francos de sobra en el bolsillo y la seguridad de que tendrá muchas mujeres a su disposición entre aquellas que saben que es un chulo bien sostenido.

En el barrio de la Estrella, especialmente en la avenida Wagram, existe una categoría de prostitutas algo inferior que las que pululan por los grandes bulevares. Según los informes de la Policía, no hay una que no tenga su hombre, por lo general, un hortera o un camarero. Actualmente está en moda el camarero de un bar del "Luna Park", que ya ha tenido algunos asuntos con la Policía, y esto porque su especialidad consiste en maltratar a sus amantes tan pronto como mete en el cuerpo una copa más. Este hombre se ha hecho célebre en el barrio, y esta celebridad le ha valido la admiración de las troteras que invaden de noche los cafés de la avenida.

El prestigio del mozo ha trascendido de tal forma en aquel me-

dio, que no hay una sola mujer que no anhele sus caricias. Esto se explica también porque *Raul el garçon*, cuyo es su nombre, es un romántico que no exige dinero, y algunas veces lo rechaza. Por esta razón, los otros chulos que viven de las muchachas de la avenida no sienten la menor molestia ni la más ligera rivalidad, ya que la competencia no ataca a las bases fundamentales del negocio.

Un agente de investigación, que ha tenido necesidad de vigilar a este mozo, y esto por suponérsele proveedor de drogas de cierta casa de la rue Troyon, dice que Raúl debe tener "un algo" especial para las prostitutas. Lo mismo en los cafés de la Puerta Maillot, donde es bien conocido, que en los de la Magdalena o los bulevares muy distantes de su centro de acción, las muchachas le sonríen como si adivinasen la existencia de su "especialidad", a pesar de su apariencia honesta. Siento no haber podido conocer personalmente a este tipo; pero creo que no tiene nada de particular, según confesión de dos de sus amigas, a las que fuí presentado en Fouquet a la hora del aperitivo.

—Entonces, ¿qué os llama la atención en ese hombre?—preguntólas mi amigo el policía.

—No sé; pero como todas se le disputan...

No hubo medio de sacarlas de ahí; no existía otra razón sino que "todas se le disputaban". Después de todo, lo mismo ocurre con la Josefina Baker, que sigue triunfando noches y noches en el escenario—y en las salas íntimas—del Casino de París, a pesar de que es negra, patizamba, huele mal y masca tabaco. (Lámina I.)

El secreto de estas celebridades eróticas no es otro que el empeño de las gentes en que lo sean, en lo que entra a formar parte en gran medida la envidia, la emulación y el orgullo. Madame Renard sabe mucho de estas cosas. Cuando quería "meter por los ojos" a sus clientes a cualquiera de las mujeres de la casa, inventaba las historias más peregrinas acerca de ellas. Una de éstas fué Margot, la del café d'Anglaterre, a la que no tenemos más remedio que dedicar un capítulo entero.

En una ocasión arribó a su casa una griega que pasaba de los veinticinco años. No hablaba más que su lengua nativa, y, por lo tanto, se encontraba con las mayores dificultades para "hacer salón". Tenía escasos encantos físicos, y los morales tampoco eran de mayor cuantía, por lo que los clientes se alejaban de ella. No obstante, empezó a decir que había sido la amante del rey Jorge, y que pertenecía a una de las familias más aristocráticas de su país. En realidad no

era más que una vendedora de pescado del Pireo, que había sido traída a Marsella en un barco huevero por uno de los oficiales.

La falsa historia se difundió entre los habituales como un reguero de pólvora encendida, y a los pocos días no había en el burdel una mujer más solicitada. Naturalmente, la muchacha no se pudo explicar aquel triunfo insospechado, hasta que no aprendió el suficiente francés para entender las explicaciones de madame Renard, la cual, muy amable, me entregó la fotografía que publicamos, obtenida por el redactor de una revista galante que mordió el anzuelo con tanta habilidad preparado por la vieja prostituta. (Lámina II.)

De otra dijo que había estado en presidio cuatro años por matar a su amante, un rico propietario de Compiegne. A otras las ha hecho ex monjas, artistas de cine, hijas de millonarios, parricidas, etcétera, y todas han salido del anónimo a que las obligaban sus imperfectas disposiciones para el "arte" del burdel. Por eso es célebre la casa de madame Renard; porque sus *poules* son mujeres geniales y extraordinarias, ex protagonistas de los hechos más raros que puedan imaginarse en este mundo extraño, en el que los hombres se complacen en hallar las mayores depravaciones, los mayores vicios y los más tremendos horrores.

Y, después de todo, las pupilas de madame Renard no eran más que unas infelices "condenadas" por sus antiguos chulos, prueba indubitable de su debilidad, de su falta de carácter, de la ausencia de todas las cualidades de que un tratadista cínico hablaría en un libro titulado *Manual de la perfecta prostituta...*

EL 34 DE LA RUE BLONDEL

Panorama de conjunto.—Desnudas y desvestidas.—El espectáculo que provocó un doble suicidio.—El «petit trabail».—La negra de Jamaica.—Diferencias entre blancos y negros.—Las razones de «la Blanche».—Por qué los blancos gozan menos.—Los que comen excrementos.—La fúnebre manía de un periodista.—Del «trottoir» al foro.—Una buena madre y un juez que no comprende.—Intermedio sentimental.—Los hijos de la encargada.

La rue Blondel la encontraréis en el cuadrado F-12 del plano de Leconte. Pero las señas más exactas os serán dadas con solo preguntar a cualquier transeúnte de los bulevares:

—¿Hace el favor de decirme dónde está "el 34"?

No es necesario decir el nombre de la calle: "el 34", a secas, y es bien seguro que el turista o el curioso darán con el prostíbulo más famoso de París, instalado en una calle silenciosa que huele horriblemente a excrementos de gato, y que esconde inmediatamente detrás del bulevar Saint-Denis, entre las calles de Saint-Denis y Saint-Martin.

La calle es oscura y propicia, como todas las de París; seguramente no habrá Muncipio en el mundo que tenga un presupuesto más raquítico para el alumbrado público que el de esta ciudad que se llama la "Ville Lumière".

La puerta del 34 es de madera y herrajes dorados. El número está pintado en rojo sobre un cristal blanco. El acceso es fácil, y nadie os saldrá al paso en un corredor de veinte metros, a cuya mitad existe una puerta de dos hojas que gira en ambos sentidos, esto es, de fuera a dentro y de dentro a fuera, separada medio metro del suelo y dos del techo. El piso es de azulejos limpios como el jaspe, y las paredes, de estuco y azulejos de las fábricas de Amiens. Limpieza por todas partes y brillos refulgentes por doquier. No cabe

duda que la prostitución en los escasos burdeles de París es limpia, sana y jocunda.

El pasillo desemboca en un salón de unos sesenta metros cuadrados, dividido en su mitad por una fila de divanes opuestos que también se adosan a las paredes. Ante estos divanes hay varias mesas jaspeadas o cubiertas de linoleum.

Las paredes reproducen escenas mitológicas o imaginarias en azulejos multicolores. Hay también un pequeño escenario y un gramófono con amplificador de sonido, que en el momeno de entrar ataca las notas de un pasodoble torero.

Las mujeres, quince o veinte, están casi todas completamente desnudas. Otras ocultan las partes pudendas con un *culotte* que sujetan a la cintura, pero no para cubrir el sexo, sino para no dejar al descubierto las arrugas o resquebrajaduras que en el vientre imprimieron los embarazos. Algunas no llevan más que un sostén: ello indica que los pechos se cayeron hace tiempo "para no levantarse más", bien a causa de una maternidad noble o a consecuencia de una vida demasiado activa entre marineros y soldados.

Vi hasta un mantón de Manila que pudiera valer 500 pesetas. Su dueña, una mulata, decía que era española. Después me enteré que había nacido en la Martinica, y que el mantón se lo había regalado su hombre, un conspicuo ladrón que prestaba muy buenos servicios a la Policía como confidente.

La mitad o más estaban completamente desnudas, lo mismo que en casa de madame Renard; pero ni eran tan bellas, ni tan jóvenes, ni tan alegres, aunque la tarifa era la misma: cincuenta francos o cien, según el tiempo de la duración del contrato, que podía ser de una hora o de toda la noche, desayuno incluído. Y, a pesar de todo, este es el burdel más célebre de París.

Me sorprendió ver a dos señores, al parecer muy respetables, acompañando a dos mujeres, sus esposas legítimas seguramente—esto es muy difícil de asegurarlo en París—, que veían hacer a las pupilas con un gesto profundo de curiosidad. Por lo visto, esto no tiene nada de particular, y la clientela no la forman sólo las gentes de trueno. Algunas veces suelen ir mujeres, casi siempre de cierta edad, que, después de beberse una copita de menta con cualquiera de las muchachas, toman una ficha de cien francos y ocupan por toda la noche una de las lujosas habitaciones de los pisos altos.

No hace mucho tiempo los periódicos de París dieron cuenta de un suceso desarrollado en el 34 de la rue Blondel. Llegó una pareja,

al parecer matrimonio, de nacionalidad alemana, que pacíficamente se instaló en una mesa, invitando a algunas muchachas a que les acompañasen para beber unas botellas de cerveza.

Para una prostituta no hay nada más atrayente que una mujer honesta, o simplemente extraña a su medio, que se complazca en cambiar conversación con ella. Como es natural, las invitadas propusieron la realización de unos "trabajos" especiales, ciertos "cuadros" del color más subido, que son la especialidad de la casa. En efecto, el matrimonio subió a una habitación en unión de cuatro mujeres, previo el abono de 200 francos que costaba la localidad para aquel espectáculo. Después de terminado, el matrimonio se quedó en la habitación, y cuando, al cabo de dos o tres horas, subieron a llamarles, ambos yacían muertos. Dejaron escrita una carta en la que decían que se quitaban la vida por no haber podido resistir la reacción de conciencia después del espectáculo que habían presenciado, y en el que, según declaración de las muchachas, también tomaron parte como actores. Jamás pudieron imaginarse que la miseria humana llegase a tales extremos de depravación.

En el *rapport* que confeccionó la Policía se describieron minuciosamente las diversas escenas que tuvieron lugar en la habitación entre aquellas seis personas, en las que no había más sinceridad que la del matrimonio.

No puedo decir qué es lo que ocurriría ni cuáles pudieran ser los hechos que dieron lugar en el matrimonio a una tan enérgica reacción de conciencia como aquella que les llevó al suicidio. Mas observando un poco a las artistas de la casa casi pudiéramos formarnos una idea bastante aproximada de lo sucedido.

Otra vez presenciamos el *petit travail* que consistía en coger entre los grandes labios o las nalgas una moneda de cualquier tamaño. Cuando una de ellas terminó el trabajo, un poco laborioso, puesto que se trataba de una moneda de cincuenta céntimos, en el ángulo de la mesa dejó un coágulo de sangre.

Esto lo celebraron todas con grandes carcajadas, apresurándose a manchar los pañuelos en aquella secreción, que, según las muchachas, tenía la propiedad mágica de ser portadora de la buena suerte.

El camarero, un hombre de magnífico tipo de cargador de muelle, que era también el encargado de hacer razonables a los clientes que faltaban a las ordenanzas de la casa, se dirigió a la mesa enarbolando un paño húmedo y muchas blasfemias.

—*Avec ta langue, fille d'un porc...*

—De eso puedes tú darnos lecciones, cabrón—replicó la menstruante.

Intervino la encargada para imponer un poco de orden, aunque el espectáculo no tenía nada de singular: eran así las costumbres de la casa.

Una de las muchachas, "La Vendeana", no transigía por aquellas porquerías de sus compañeras. Por eso vino a sentarse junto a nosotros refunfuñando en una lengua extraña que se habla entre las gentes bajas de Saint-Malo.

—Pues eso que han visto ustedes no es nada. Algunas veces hacen indecencias más repugnantes, porque ello entusiasma a los amigos de la casa. ¿Ven esa rubia que está sentada junto a la orquesta? Pues intentó hacerme una de las suyas, y de un puñetazo la quité un diente. Fíjese usted cómo lo tiene postizo.

"La Vendeana" era la única que podía permitirse el lujo de contender mano a mano con el camarero. Un día le tiró un cuchillo que se quedó clavado, como una saeta, a tres centímetros de su cabeza. Intervino la Policía, y se pasó tres semanas en Saint-Lazare. Desde entonces "La Vendeana" está esperando la ocasión de cobrarse, pero ello no es obstáculo para reconocer que el camarero tenía razón sobrada para recriminar la conducta de aquella puerca.

El gramófono acabó con un disco que estaba en la casa desde antes de la guerra. Una de las muchachas, delgadísima hasta lo inverosímil, traía en la diestra un platillo para recoger las monedas que demandaba "para la orquesta". Unos minutos más tarde vino otra que pedía para su hijo: hacía cinco días que dió a luz, y no trabajaba.

Lo más original de este burdel es una negra de Jamaica que acababa de entrar, completamente desnuda, seguida de un adolescente. El muchacho parecía una mosca blanca sobre un elefante negro, tal era la humanidad de la negra, magnífica bestia primitiva desde el punto de vista morfológico de la maternidad.

—Le está matando. Pero poco se pierde: es su hombre—arguyó "La Vendeana".

Nos explicó que la negra tenía cinco hijos de todos los colores, habidos uno cada año. El mayorcito lo tenía algunas veces con ella, aunque habitaba con sus abuelos maternos, unos negrazos enormes que se ganaban la vida rebuscando entre las basuras de Menilmontant. De los otros cuatro se había hecho cargo el Estado, siempre paternal y ansioso de ciudadanos franceses.

El amante de la negra era un estudiante búlgaro hijo de unos aldeanos acomodados de Dobrudja, pero que no disponían de los recursos necesarios para costearle muchos viajes. Este verano de 1933 se había quedado en París, y la negra, que no tenía mucha confianza en el muchacho, se encargaba de pagarle los dispendios extraordinarios en la pensión de Saint-Michel. Sobre todo, le obligaba a comer en un restaurante caro, porque con cubiertos de seis francos no era posible exigirle grandes proezas amatorias.

Cuando el muchacho se fué a acostar la negra se unió a nuestro grupo. Nos dijo que tenía veinte años, aunque llevaba doce de prostitución. Se entregó por primera vez a un policía francés, que la amenazó con meterla en la cárcel por el delito de pedir limosna cuando su padre no trabajaba. Por eso cuando veía entrar en el burdel a los agentes cantaba en su lengua vernácula, bárbara y sonora, para maldecirles.

—¿Por qué no "trabajas" en la calle?—le preguntó mi compañero.

—Pues porque en público os da vergüenza acercaros a una mujer de color, y en estas casas hay muchos que nos buscan y no nos cambiarían por la mejor de las blancas.

—¿Te gustan a ti los blancos?

—No; hacéis los hijos sin que una se dé cuenta. Valen bastante más los hombres de nuestra raza, porque son más calmosos, menos exigentes y más delicados que los blancos. En estos asuntos somos superiores a vosotros.

Yo estoy seguro, absolutamente seguro de que aquella mujer—la "Blanche", la llamaban paradójicamente—no tenía otros conocimientos del sexo que los adquiridos en su larga práctica experimental. Pero, no obstante, aseguro, bajo palabra de honor, que de sus labios escuché la explicación de estas grandes diferencias antropológicas, expuestas con una claridad inaudita.

—Yo comprendo—empezó diciendo la "Blanche"—que los hombres blancos sois más sensibles que los negros, y, por lo tanto, os entregáis al amor con más facilidad que nosotros (1).

(1) Tanto por la crudeza de las frases como por las dificultades de expresión, cosa muy natural en esta prostituta a que me refiero, omito la transcripción fiel de nuestra charla, que mi compañero francés, el doctor Jules Mayet, tomó taquigráficamente, sin perder palabra. No obstante,

Hizo una pausa para decir:

—Oye, me ha dicho ésta—por "La Vendeana"—que vosotros sois doctores en estas cosas, ¿es verdad?

—Sí, es cierto, "Blanche"; por eso tenemos mucho interés en escucharte.

—Pero todo esto que yo diga, tenéis que saberlo vosotros. ¡Si lo saben hasta los curanderos de mi pueblo!...

—No te importe, mujer. Y para que veas que es verdadero nuestro interés, puedes pedir fichas para toda la noche; toma los cien francos.

Ya no la quedaba duda alguna respecto de nuestra sinceridad; optó por guardarse el billete de cien francos rápidamente en un bolsillo natural, que todas las mujeres tienen en su cuerpo, ya que estaba completamente desnuda. Para no concitar contra nosotros las antipatías de la encargada la hicimos que nos sirviera unos *cocktails* personalmente, pretexto para regalarla una moneda de veinte francos cada uno. Nos hicimos los amos, porque suponiendo que "La Vendeana" no nos hacía falta, la llamó muy discretamente.

—¿Por qué dices que nosotros somos más sensibles que los negros?

—Lo tengo muy bien visto; pero no creas que es sólo en los órganos sexuales, es en todo el cuerpo. Por ejemplo, yo te cojo un pellizco en un muslo y te hago daño, ¿verdad? Pues si tú me pellizcas a mí con la misma o mayor fuerza, es posible que ni lo note siquiera. Ya ves, mi hombre, que es ese muchacho que bajó conmigo, me muerde algunas veces porque yo se lo pido, porque me gusta, ¿sabes?; pues me tiene que hacer sangre para sentir alguna sensación. En cambio, otra compañera, que es amiga mía, en cuanto la acaricio a mi gusto dice que la hago mucho daño y me tengo que calmar.

Naturalmente, comprendía demasiado bien todo cuanto me decía; pero aún quise que siguiera hablando:

—Me estás hablando de la sensibilidad al dolor, que es bastante distinta a la del placer.

---

he procurado ceñirme a los términos más exactos, trayendo sus afirmaciones al terreno de la más fácil exposición, porque el criterio de «la Blanche» concuerda en sus extremos fundamentales con las explicaciones científicas que damos los sexólogos acerca de las grandes diferencias sexuales existentes entre las razas civilizadas y primitivas de la Humanidad. (Nota del autor.)

—No lo creas—repuso rápida—; cuanto más sensible se es al dolor, más sensibilidad se tiene para el placer. Por esto, cuando yo tengo deseos de amar, prefiero a los hombres más rudos, como los cargadores del Sena o de los Halles. Mi hombre me gusta porque prefiere hacer el amor a la francesa, ¿comprendes?...

—Sí; con el que es imposible hacer hijos.

—Muchas veces, cuando los médicos nos reconocen, todas las compañeras se quejan de los dolores que las causa la introducción del espéculo, y, sobre todo, los primeros contactos sexuales con un hombre; pues yo, que soy bastante reducida de dimensiones, cosa rara en las negras, ni noto la menor molestia cuando me reconocen, ni pude decir que me doliera tanto como dicen mis compañeras que duele cuando yo dejé de ser virgen. Si quieres más pruebas, tú sabrás muy bien que cuando da a luz una mujer blanca, siempre se queja de unos dolores muy fuertes; pues las negras parimos sin quejarnos. Yo he dado a luz tres veces en esta casa, y ahí está la encargada que te puede decir si me ha oído quejarme. Por otra parte, antes de los tres días ya estaba otra vez haciendo salón y todo lo que querían los clientes, y nunca me ha pasado nada. Esto debe ser porque tenemos los nervios más duros, ¿no es verdad?

Hasta ahora, vemos que las afirmaciones de la "Blanche" no pueden ser más exactas ni más a tono con los hechos aceptados universalmente por los fisiólogos e investigadores más minuciosos. Todavía, siguió aclarando:

—Yo creo que cuanto más dura es la piel de las personas, menos nerviosas son y más tardan en experimentar el placer de los sentidos. Cuando yo estuve en el Senegal, vi cómo hacían "eso" los animales que cazaban vivos los cazadores blancos para traerlos a Europa a las casas de fieras. Yo creo que no hay animales más nerviosos que los gatos, los leones, las panteras y todos los que pertenecen a esa familia, ni más calmosos que los cerdos, los hipopótamos y los elefantes. Los primeros realizan el acto muy rápidamente; pero los otros, tardan mucho en acabar. Así, pues, los blancos son los felinos y los negros somos los paquidermos. Un blanco no es capaz de soportar operacines de un tatuaje en relieve; primero, porque resiste con dificultad los dolores, y en segundo lugar, porque la piel se abre en seguida dejando salir a las piedrecillas que se emplean para dar el relieve; pues hay negros que tienen todo el cuerpo adornado con estos tatuajes, que son infi-

nitos pinchazos e incontables piedrecitas, y ni los pinchazos les hacen sangre ni las piedras les producen molestias. (Lámina III.)

—¿Y quién crees tú que experimenta mayor placer sexual, el negro o el blanco?

—El negro—respondió sin titubear—. Yo me he acostado con hombres de todos los colores, y cuanto más vehementes son, esto es, más nerviosos, más pronto experimentan la sensación y más rápidamente se quedan inútiles para seguir amando, aunque en los demás aspectos se recobren en seguida. Tan sólo he conocido a un hombre, un marinero holandés, que se haya puesto a tono conmigo cuando yo tenía deseos de caricias; pero, a pesar de su resistencia no llegaba a la de los negros. Las mujeres, lo mismo las blancas que las negras, necesitamos más de lo que se nos da. Cuando veas por la calle a una blanca acompañada de un negro, puedes asegurar que es una mujer ardiente, "que no cambiaría a su negro por todos los blancos juntos". Esto es porque los hombres de nuestra raza como son menos nerviosos, no perciben otras sensaciones que las puramente mecánicas, y muy rara vez las de la imaginación; nosotros no amamos como vosotros, o, por lo menos, nuestro amor del sentimiento (la "Blanche" se refiere al amor psíquico) no tiene nada que ver con los placeres de la carne. Los negros no nos besamos en ese instante ni nos hacemos ninguna caricia; en cambio, los blancos, la soban y la besan a una como si hubiéramos vivido juntos toda la vida o muchos años, que es lo que entre nosotros justifica las caricias y los halagos, pero en aspectos distintos de la sexualidad. Cuando un negro y una negra se desean carnalmente, se muerden, se pellizcan y se golpean, porque somos insensibles a otros roces menos violentos. Eso mismo sucede a los viciosos que vienen por estas casas y que necesitan una buena ración de "masaje" para excitarse (1).

A medida que esta mujer hablaba en su lenguaje bárbaro e indescriptible en letras de molde, iba yo recordando todas las discusiones que, de muy antiguo, se han llevado a cabo para justificar la relación existente entre el placer y el dolor. Por eso no

(1) En el correspondiente volumen explicaremos científicamente las razones de la insensibilidad de ciertas personas a los procedimientos normales de la tumescencia, estados que casi siempre tienen su origen en el abuso prematuro de estos placeres, que produce un agotamiento nervioso, o, dicho más vulgarmente, que convierten la piel en una dura coraza de nervios, atrofiados e inertes, incapacitada para percibir las proyecciones sensoriales de todas clases.



JOSEFINA BAKER

Es difícil explicarse la celebridad de esta supuesta artista negra, como lo es fundamentar el prestigio de las prostitutas más célebres.

LAMINA I



UNA PUPILA DE MADAME RENARD
Es griega y no tiene nada de particular. Sólo la habilidad del ama del burdel logró hacerla pasar por la ex amante de un rey y así logró acreditarla sin otros atractivos.

LAMINA II

tengo inconveniente en suscribir las opiniones de esta prostituta semisalvaje, que tantísimos motivos experimentales—muchos más que nosotros—tiene para hablar de esta materia con conocimiento de causa.

Afirmaba la "Blanche" que los blancos se entusiasman en seguida, mientras que los negros, al principio del acto, se manifiestan de una manera pasiva y casi fría.

—Vosotros perdéis las energías antes de acabar, y los negros acaban mucho antes de perder las energías. El negro empieza por donde acabáis los blancos.

—Explícanos esto, "Blanche".

—Bien sencillo. Vosotros llegáis a una muy excitados, cuando ya no hay remedio, y sin que la mujer se haya apercibido siquiera de la magnitud de vuestros deseos. En virtud de esa mayor sensibilidad, os es imposible reprimiros y quedáis agotados en seguida, en tanto que la mujer, que quisiera acompañaros, se queda sola y sin poder acabar el viaje. En cambio, el negro, como es más calmoso, nunca toma la iniciativa; cree que ello es obligación de la mujer, porque sabe que si ésta no está bien excitada no puede "morder el lagarto", que es lo que al negro le produce el placer en el miembro.

Nos explicó que ese "lagarto" son los músculos vulvares, y la mordedura, las contracciones, que en las negras son casi siempre involuntarias cuando se llega a un estado avanzado de excitación sexual.

Aseguraba que los negros tardaban mucho en llegar al final del camino, aunque al cabo de la jornada quedasen en condiciones de volver a empezar de nuevo otros cuantos viajes. La cópula del negro no es nunca más corta de una hora u hora y media; la "Blanche" aseguraba que una vez estuvo entregada a un tirador senegalés desde las doce del día hasta las nueve de la noche, cuando sonaron las llamadas de la retreta en el cuartel cercano. Nuestra amiga concedía a la abstinencia relativa mucha importancia para el mejor disfrute de los más intensos placeres, aunque se explicaba que esto sucediera en los negros por la razón de que nunca se contentan con menos de tres coitos.

—En esto—añadió—ocurre lo que con el hambre; si se come muy aprisa, en seguida desaparecen las ganas de comer, y el hambre vuelve en seguida; pero si la comida se hace despacio, se come más, alimenta mejor y se queda uno perfectamente satisfecho. Y

si quieres otro ejemplo, pregúntale a un labrador cuál es la lluvia que prefiere: si la que cae torrencialmente o la que se desprende de las nubes en gotas menudas y continuas.

Tuvimos que interrumpir nuestra charla ante la llegada de unos señores, amigos de la casa, que empezaron a bailar con las pupilas. Uno de ellos era amigo de la "Blanche", pero a ella no le gustaba porque tenía unas aficiones muy repugnantes.

—Ya veis, sólo se excita cuando le orino en la boca, y algunas veces "tiene bastante" si le dejo que beba aplicando los labios a la fuente. Chico, yo te juro que estas porquerías no las hacen jamás los hombres de mi raza.

La negra no se movía de nuestro lado, y el vicioso no dejaba de mirarla un instante.

—Pues hay algunos que comen "lo otro", que se embadurnan la cara con ello y hasta que se lo llevan envuelto en un papel o en una caja. No hace mucho tiempo murió un señor, que vivía en Vincennes, el cual mandaba todos los días a su chofer a recoger lo que una compañera echaba de su cuerpo. Por este servicio la daba 500 francos al mes, y cuando venía a verla, todos los miércoles, la regalaba 100 francos. ¡Si me saliera a mí uno así!...

—Es posible.

—En estas casas es posible todo, ¡hasta que la hagan a una los funerales! Una compañera, que es muy blanca y muy rubia, va todas las semanas a casa de un señor de esos que escriben en los periódicos, que tiene la manía de creer que se acuesta con un cadáver. Ella llega a la hora convenida y entra por una puerta que da al cuarto fúnebre, al cual da otra puertecita, que comunica con el apartamento de ese señor. La habitación está toda cubierta de crespones negros y adornos funerarios. En el centro hay un ataúd con cuatro blandones, que ella enciende en cuanto llega. Una vez hecho esto, se desnuda, se mete en la caja, quedándose como muerta, y toca un timbre, que quiere decir que todo está dispuesto para la comedia. Su hombre entra en la habitación, vestido de riguroso luto; se arrodilla ante el féretro unos instantes y la besa en el sexo repetidas veces. Después, saca de la caja al supuesto cadáver y, tendiéndole en el suelo, le goza dos veces. Cuando ha terminado, la vuelve a colocar en el féretro, y se va después de dejar sobre la copa de un blandón dos billetes de cien francos. Este tío nunca la ha visto "viva"; el negocio lo arregló con la encargada, a la que dió las instrucciones precisas acerca de lo que tenía que hacer. La primera comedia fué dispuesta por la encargada, que ya conocía la casa y las costumbres de este hombre tan raro.

El amigo de la negra se conoce que no podía resistir más. Con mucha delicadeza se aproximó a nosotros, pidiéndonos permiso para hablarla unos instantes. En efecto, se lo concedimos, y a los dos minutos volvió ella sola, diciéndonos:

—Este tío puerco tiene sed, y a mí la cerveza me ha producido muchas ganas de orinar; en seguida vuelvo.

Y tomaron la escalera del piso donde estaban las habitaciones más íntimas de la casa, después de haber tomado en la caja una ficha de cincuenta francos. Detrás de ellos subía otra de las pupilas del 34, seguida de una mujer bastante bella, de unos cuarenta años, cuyo aspecto viril no dejaba lugar a dudas respecto a sus gustos sexuales.

Nos quedamos solos en la mesa. En la de enfrente, un señor de barba casi apostólica tenía los labios pegados a la boca de "La Vendeana", mientras que con la mano derecha la manipulaba en el sexo, oliéndose después los dedos. Cinco minutos después desfilaban ante nosotros, con dirección a las habitaciones reservadas. Al pasar ante una mesa, en la que medio dormitaban otras dos muchachas, "La Vendeana" hizo señas a una de ellas para que les acompañase. El señor, de tan respetable apariencia, había tomado dos fichas de cincuenta francos, que entregó a cada una de las mujeres.

La encargada nos dijo que aquel señor era un agente de Policía belga, que venía a París con mucha frecuencia. El primer día que visitó la casa, lo hizo en unión de su esposa; al día siguiente, la señora llamó por teléfono a una de las muchachas, a la que se llevó a Bélgica en calidad de doncella. Nos dijo también que una hija del matrimonio, bella muchacha de diecinueve años, "trabajaba" todas las noches entre la Madeleine y Richeliu-Drouot, algunas veces por menos de cincuenta francos. La pedimos sus señas, por si era posible reconocerla entre la multitud de mujeres que entre nueve y dos de la noche discurren por los anchos *trottoirs* de los grandes bulevares.

—Es mejor que pregunten por ella en su domicilio de la rue Taitbout; es un edificio con muchos apartamentos de dos piezas. Se la conoce por "Bebé", aunque su nombre verdadero deben saberlo en la Facultad de Derecho.

—¿En la Facultad de Derecho?—inquirí, extrañado.

—Sí; cursa creo que el cuarto año. No le extrañe, porque así hay muchas mujeres en París, incluso conocidas en la Prefectura, aunque en realidad no se las molesta. Yo creo que esta vida llegará a serle conveniente para su carrera, sobre todo cuando tenga que abogar por alguna mujer del "medio".

Vino a terciar en la conversación una muchacha que acababa de despedir a su amigo. Se llamaba Germaine, nombre auténtico, era de Normandía.

—Una abogada que hubiese vivido en el "medio", no me hubiera cargado a mí con tres años en Saint-Lazare, como hizo aquel tío cabrón; y menos mal que tuve un buen defensor, que si no...

Nos refirió su historia. Había tenido un novio que la hizo una hija, con gran disgusto de sus padres, que tenían un hijo sacerdote. El cura se convenció de que aquel desliz de su hermana les había deshonrado, y como no dieran resultado los métodos abortivos que aconsejó el sacerdoe, tuvo que venir a París para dar a luz en una Casa de Maternidad. La preguntaron si tenía medios de vida para poder criar a su hija, y respondió que no; pero que tampoco la abandonaría. Como ya era mayor de edad, solicitó permiso para dedicarse a la prostitución libre. Tuvo suerte. Algunas veces no pudo ser con sus clientes todo lo atenta que quisiera, porque en la habitación próxima al teatro de su comercio lloraba la niña desgarradoramente, en demanda de una tetada. Al principio tuvo que luchar con todos estos inconvenientes, pero la chiquilla se criaba admirablemente, que era lo que la interesaba. Al cabo de año y medio la destetó y la puso un aya, que hizo venir de Normandía; pero cuando se consideraba más dichosa, descubrió que estaba embarazada de nuevo. Cuando la gestación entró en el cuarto mes, una mala maniobra abortiva la llevó al hospital, donde acabaron de extraerla el feto. Total, tres años de cárcel. La prisión se la hizo menos dura porque la dejaron tener a su hijita, a la que quiso librar de los perjuicios que indudablemente la irrogaría un hermano que no tenía padre, que era hijo de su vergüenza, que vendría a complicarla la vida de forma tal que no podría atender ni a la niña ni a lo que naciera.

—Yo deseé a mi hijita porque su padre me había dado palabra de casamiento, y nos hubiéramos casado en el mismo mes en que murió, tres antes de nacer la niña. Pero a lo que viniera después, no lo deseé jamás, y empecé a odiarlo tan pronto como lo noté en

mis entrañas, porque venía a turbar mi felicidad y seguramente el porvenir de mi hija.

Cuando salió de la cárcel, la niña tenía casi cinco años. Entonces la internó en un colegio, viéndola cada tercer día. Actualmente, contaba ocho años de edad, y podía decir que tenía su porvenir asegurado; sólo estaba esperando que la contestasen de un pueblo inmediato al suyo para ir a hacerse cargo de un pequeño establecimiento, cuyo traspaso la había costado 25.000 francos.

—Necesito la seguridad de que mi hija no sabrá jamás lo que yo he sido, y creo también que no tendrá motivos para seguir la conducta infame que forzosamente tuvo que seguir su madre. Si no hubiese sido por aquel mal negocio del aborto, yo hubiera podido retirarme del "arte" antes de que mi hija cumpliese cuatro años. Si no les molesta, esperen un minuto, que les voy a enseñar unos retratos.

Nos mostró ocho o nueve fotografías distintas de la pequeña, tomadas en diferentes edades. Aquella madre sublime y abnegada lloraba al escuchar los elogios sinceros que hacíamos de los encantos de la chiquilla. Por último, nos mostró el más reciente, vestida de primera comunión.

—Que mi hermano sea un canalla, no importa para que yo crea en Dios, porque una cosa son los curas y otra muy diferente la religión de Cristo. ¿Verdad, señor, que es muy bonita mi hija?

Y volvió a llorar de nuevo ungiendo la efigie adorada con el bálsamo noble y puro de sus lágrimas.

Francamente, ni mi compañero ni yo hubiéramos podido imaginar que nuestra excursión de aquella noche tuviese un epílogo tan sentimental y extraño al mundo en que actuábamos desde hacía unos días; pero tampoco nos sorprendió demasiado la comprobación de un hecho que evidencia claramente que hay muchísimas prostitutas a las que no es posible medir con el patrón que esgrime la sociedad, la justicia y la policía.

También la encargada nos contó la historia de otra mujer que había estado en la casa, de la que marchó hace tiempo para regentar una pensión de una amiga suya. Esta tenía dos hijos varones, uno de diecinueve años y otro de quince. El mayor estudiaba a la sazón el cuarto de Medicina, y el pequeño estaba terminando el preparatorio de leyes en Chartrés.

—Los dos gastan cerca de tres mil francos al mes, pero son muy buenos estudiantes; la madre tiene que sacrificarse por dos motivos;

para ganar esa suma mensual y para que sus hijos ignoren de dónde sale el dinero. Ella se sirve de una amiga que está en Perpignan, la cual recibe las cartas que la dirigen los muchachos regularmente, creyendo que es a su madre. Durante los veranos, se va con los estudiantes a un pueblecito español, cerca de los Pirineos, y allí permanecen un par de meses en medio de la mayor felicidad. Este verano piensa dejarles solos un mes en un crucero que hace el "México" a Rusia y otros países del Báltico; pasado mañana salen de Burdeos.

—¿Conoce usted a esa familia?

—Sí, bastante; ya le he dicho que la madre estuvo aquí muchos años..., muchos años... Acaso más de veinte, sin salir, sin gastar un *sou*, sacrificándose siempre con tal de poder sacar adelante a sus hijos, y sufriendo lo que se sufre en estos sitios, donde vienen jóvenes estudiantes, entre los que un día pueden encontrarse los hijos. Claro es que la madre les suplica siempre que no vengan por estas casas, cuando tan fácil es encontrar a una amiguita, a una compañera, a la que pueden amar sin peligros y hacerlas sus esposas legítimas.

Sonó el teléfono y el camarero se puso al aparato. La encargada inquirió quién llamaba, y respondió el fámulo:

—Es madame, que pregunta si se va usted a Burdeos por la mañana o por la tarde.

Y no necesitamos saber quién era la madre de aquellos dos estudiantes.

DE LA MADELEINE A LA PLAZA CLICHY

El París de los bulevares.—En busca del canon de Lombroso.—Una española en París.—Mi dolencia sexual.—Mi conquista.—La cojita de Clichy.—Los dramas del Bosque de Bolonia.—Una partida de vicio.—Cómo se ganan cien dólares.—El bautismo de la neófita.—No hay matrimonio imposible.—Las muertes por accidentes.—La historia eterna de la miseria.—Las aficiones del viejo sanguinario.—El final de todas.—¿Cuándo acabará la prostitución?

La prostitución callejera de París no tiene un barrio determinado. Montmartre, con sus callejas pinas y antihigiénicas, conserva aún las tradiciones del pasado siglo, a pesar de la invasión de la radio, los automóviles y los *apartaments* con cuarto de baño; es el último baluarte de las prostitutas románticas, que lloraban con Chopin y leían a Verlaine. Después está Montparnasse, más moderno y menos típico, pero más vicioso también. La vida es otra y las mujeres más caras y menos sentimentales.

Pero lo que sobrevive, a pesar de los tiempos, del amor libre y del matrimonio de ensayo, es el París de noche, que nace en la plaza de la Madeleine, se extiende por la Opera, sigue por los grandes bulevares y llega hasta la plaza Clichy, después de bañarse en las luces rutilantes de la plaza Pigalle.

Las tarifas varían entre 400 y 25 francos; depende de la hora y del aspecto de los clientes, infinitamente variado.

Desde las diez de la noche—París apenas si está despierto más arriba de la una de la madrugada en la estación presente—, el mundo que puebla las aceras de los bulevares simboliza un compendio de psicopatología sexual. Sinceramente, los hombres jóvenes escasean bastante; no se ve más que a los *gigolos* de las prostitutas viejas o al apache elegante, que tiene en la prostituta un auxiliar eficiente para el mejor éxito de sus empresas.

Para ser conquistado en la calle, es inútil que dos hombres lo pretendan juntos. Dicen las muchachas que así no pasean más que los agentes de la Policía secreta o los provincianos que no tienen dinero. Así, pues, mi colega y yo nos hemos puesto de acuerdo para dejarnos cazar y reunirnos a una hora determinada—de once y media a doce—en la terraza de Mazarino. Yo tengo que actuar entre la Madeleine y el cruce de los bulevares de Strasbourg y Sebastopol, unos tres kilómetros, y él por la Chauseé d'Autin hasta la desembocadura de la rue Clichy en busca de una amiga de menor categoría.

He tomado café en la rue Royale. En la terraza había hasta once *cocottes* de la mejor categoría. Antes de sentarme fingí que buscaba a alguien, con el fin de elegir entre ellas el tipo de Lombroso. He procurado aprenderme de memoria las características: prognatismo acentuado, mirada torva, esteatopigia, extremidades superiores largas... Y me encuentro con que las cuatro quintas partes no harían ningún mal papel en cualquier certamen de belleza. Tres, sobre todo, que estaban de pie, pudieran muy bien haberse escapado de las páginas del "Vogue"; una, especialmente, le hubiera inspirado a nuestro difunto Romero de Torres cualquier bellísima locura pictórica. Habia otra, sentada, digna de Rubens; en efecto, la oí hablar alemán con un individuo que no hubiera desdeñado, precisamente, César Lombroso.

Acordé que ninguna me convenía; no tenían nada de original. En el Capitol, en Ambassador o en el Coliseé, se encuentran mujeres iguales, que viven honestamente—según se entiende por aquí la honestidad—con sus maridos o sus amantes. La prostituta de terraza de café es muy aburrida y muy interesada; suele estar de acuerdo con el camarero para pedir Laurens, Kedives o Melachrinos y mixturas carísimas, pero inofensivas como no sea para el bolsillo del pagano. ¿Y quién se acerca a una de estas mujeres sólo por el gustazo de cambiar con ellas unas palabras—eso sí, en cualquier idioma—, cuando, al final de la jornada, va uno a encontrarse con cien francos menos en el bolsillo?... Mi compañero llevaba doscientos francos, con la sana intención de dejarse acompañar por la mejor mujer de Clichy; yo, con quinientos, no podía acercarme a estas golfas de la Madeleine o de la calle Royal.

Cerca de mí había una, que, sobre la espléndida albura de su escote, dejaba asomar los trazos de un tatuaje. Me disponía a "timarme" con ella, cuando paró ante nosotros un "Hispano-Suiza"

que llevaba las iniciales del Cuerpo Diplomático. Ella, que ya había pagado, se dirigió al coche, tras de cuyos cristales se podía ver una cabeza monda y oronda. Si llego a acercarme, me pide mil francos.

Un camarero me dijo que era la esposa de un cómico famoso, pero que ello "no importaba"; la Policía de la *Brigade Mondaine* había intervenido ya en varios asuntos en los que andaba mezclada la dama en cuestión.

Enfilé el bulevar, y en la esquina de la calle de Caumartin tropecé con la primera que pudiera interesarnos. Hablaba un francés detestable.

—*Vous n'est pas française, n'est pas?*...—la pregunté.

—*Vraiment: je suis espagnole.*

—¡Y yo también! ¿Hace mucho que está usted en París?

—Un mes; soy de Cáceres, pero casi siempre he vivido en Valencia. Vine aquí con un exportador de naranjas.

—¿Quieres venir *chez moi*?...dijo, tuteándome.

—¿Vives muy lejos?—la correspondí con la misma moneda.

—En esta calle; no quiero retirarme mucho, porque... yo no soy "de la vida".

—Bueno, eso lo dirás en términos policíacos nada más.

No me comprendió.

—¿Cómo dices?

—Que entonces no me explico qué puedes hacer a estas horas en los bulevares, ni comprendo por qué me has preguntado la hora que era, teniendo tan cerca el reloj de ese café.

—No, hombre; te quiero decir que no soy una mujer... vamos, pública. Más claro, que no me he "apuntao" en la Prefectura.

—Pues eso y lo que yo te decía son la misma cosa. Y... *combien?*...

—*Toute la nuit?*

—*Peut-être; tu as la parole maintenant.*

—¿Quinientos francos?...—dijo con cierta timidez consciente de que acababa de decir un disparate.

—Pequeña, reflexiona un poco; mira que son cincuenta duros nuestros.

—Sí; ¿pero tú sabes lo que cuestan aquí unos zapatos?

—Me lo imagno; mas ten en cuenta que de aquí a tu casa la distancia es muy corta, y me parece imposible que rompas los que llevas puestos en tan pequeño paseo.

—Me parece que tú te estás cachondeando de mí, ¿no es cierto?

—No lo es; pero, en todo caso, al pedirme quinientos francos, no me cabe duda que has intentado tomarme el pelo.

—Entonces, dame lo que tú quieras; esta noche tengo yo ganas de hablar con un compatriota.

—Hablar... Sí, está bien; te aseguro que yo no puedo hacer otra cosa, a no ser que quieras coger lo que seguramente no has tenido nunca.

—¿Pues qué tienes?

—Todo lo que quieras hija; he venido a París a curarme de una "conjuntivitis paralítica con venéreo mucilacinante".

Este "camelo" debió parecerle una cosa horrible, porque, separándose de mí como un perro sarnoso, sentenció:

—Pues sí que estás tú bueno, muchacho. ¿Y es "pegajoso"?

—Desgraciadamente, sí. En fin, perdona; otra vez será.

—¡Como no te cures, espérame "sentao"!...

Esta mujer, sus palabras y su primitivismo, eran algo brutalmente anacrónico en el ambiente supercivilizado del bulevar. A una francesa no habría podido contarle aquella historia truculenta de una afección tan extraña, porque lo que casi primero aprenden estas mujeres es a preservarse de las enfermedades sexuales, a conocer su denominación y a ver los síntomas casi al primer golpe de vista.

Habíamos estado charlando un cuarto de hora, y cuando me separé de ella yo no sé qué dijo en valenciano; creo que mis mayores no debieron salir bien librados de aquel soliloquio bárbaro. Yo no soy vengativo; pero ya estaba bien servida con aquel bagaje intelectual para hundirse en el fracaso de los grandes bulevares. Seguramente iría a parar a la plaza Clichy, si es que antes no acababa en la puerta de la Chapelle o cosa parecida. Nuestras compatriotas, que tanto éxito alcanzan en Londres y hasta en Lisboa, pasan desapercibidas en París, pues hasta los mismos españoles las huyen, como si de repente se hubieran dado cuenta de las diferencias de abismo que existen entre ellas y las indígenas, más interesadas si se quiere, pero más prostitutas también.

Ahora me salió al paso un señor bien vestido, con guantes y botines crema. Después de darme las buenas noches, me entregó un sobre y se despidió. A la luz de un escaparate leí un prospecto, en el que muy cerca de allí podían verse ciertas curiosidades. La dirección era la siguiente: "34, rue Blondel". Decididamente, el santo se me volvía de espaldas.

Vi a varias mujeres sentadas en la terraza del Anglaterre, y demandé un cuarto de ese agua explosiva que brota de los manantiales de Perier. Lombroso sigue haciendo el ridículo en mi criterio. ¿Dónde habré yo de ir, señor, para encontrar estos ejemplares tan raros hasta ahora?... Procuro observar bien a todas las que entran y salen, se sientan y se levantan en aquella terraza amplísima y perfectamente iluminada por los rayos azulencos de unos potentes arcos voltaicos. Ya estaba cerca de la rue Montmartre, habían sonado las once, y aún continuaba solo como un hongo. Mi compañero no debió tener más fortuna, ya que al pasar por el punto de nuestra cita comprobé que no había llegado aún.

En un kiosco he comprado un periódico español, cuyo título procuro hacer bien visible; es la única forma de anunciar mi calidad de extranjero. En el escaparate de una zapatería hay varios fanales que inundan de luz aquel pedazo de calle. El periódico ha hecho su efecto. Se acerca una mujer de unos cuarenta años, casi elegantemente vestida:

—¿Es usted español?—me pregunta en nuestra lengua.

—Sí, señorita; ¿puedo servirla en algo?

Me ha dicho que a cien metros de allí puedo encontrar emociones muy interesantes. Y rehuso todo lo cortésmente que me es posible, para no dar a entender que no me interesan aquellos espectáculos, los célebres *tableaux* entre mujeres. He visto estos cuadros vivos en casi todo el mundo, y no creo que aún quede nada original.

Pasa una muchacha elegantísima y nos sonríe; debe conocer a la española.

—*Au revoir, petite*...—digo a la transeúnte.

La española presiente que la han arrebatado la presa que yo represento, y profiere una blasfemia contra la que pasa. Echo a andar detrás de ella y por fin se detiene.

Es francesa pura, de los pies a la cabeza. Y muy bonita. No debe tener más de veinte años.

—¿Un chocolate en Mazarino?

—Con verdadero placer—me responde.

Eran las doce menos diez, y mi compañero esperaba acompañado de una muchacha, joven también, ¡pero con una pierna de madera! En el respaldo de una silla estaba apoyada la muleta.

Por medio de palabras españolas sueltas y fingiendo una canción, me dijo que la había encontrado en la plaza Clichy, cerca del cine Gaumont.

Creímos oportuno plantear la cuestión de confianza, haciendo comprender a las dos mujeres que nos interesaban más sus informes que sus encantos, aunque éstos eran muchos. Revelamos sinceramente nuestra profesión, cosa que ellas acogieron con agrado.

—Nuestra profesión, ¿verdad, pequeña?—dijo "la mía" dirigiéndose a la coja—, es la de ganar dinero dando placer; pero no nos importa recibirlo. Si para ustedes es un placer, como dicen, acompañarnos esta noche, estamos a su disposición, ¿no es cierto?

La cojita decía a todo que sí. Se sentía cohibida ante su elegantísima compañera de profesión, con la que no podía competir, como no fuera en la gracia del rostro.

Eran las doce cuando *contratamos* los servicios informativos de ambas. La de la Madeleine percibiría ciento cincuenta francos—había pedido cien nada más—, y la otra se puso loca de alegría cuando mi compañero la ofreció cincuenta más sobre los cincuenta que había pedido. Sinceramente, habíamos encontrado dos gangas.

Un "taxi" y al Bosque. En el *Havana* tomamos una mesa, casi oculta entre los arbustos, sitio propicio para estas confesiones.

La mía se llemaba Ginette y Totó la de mi compañero, aunque en todo Clichy y en los registros de la Policía la conocían más por "la Boiteuse", que traducido al español quiere decir "la Coja". Claro es que el apodo no tenía más que tres años.

—Desde que me pasó "aquello" en el Carnaval de 1930.

Por los paseos de aquella parte del *Bois* pasaban automóviles y parejas de peatones, que, sin duda alguna, se dirigían a las espesuras para formar parte de las célebres "partidas de vicio" que tanto dieron que hacer a la Policía. Precisamente, andaban por allí varios agentes de la *Mondaine* realizando investigaciones para ver si podían aclarar la muerte misteriosa de un bailarín polaco, muy conocido en ciertos medios de París, el cual había sido asesinado tres noches antes al pie de su automóvil. El hombre vivía del baile y de sus parejas, pero jamás había estado fichado. Mi compañera dijo que le había conocido en el cabaret de Parisiana no hacía una semana siquiera.

—Tenía que morir así—sentenció casi solemnemente.

—¿Y por qué razón, pequeña?

—Porque bailaba demasiado bien, y esto nos encanta a las mujeres del *milieu*.

—Pues los periódicos decían que se trataba de un drama entre invertidos.

—No lo crea; la Policía es la que hace correr esas especies cuando no conviene descubrir las raíces de un *affaire* de esta naturaleza. En el Bosque ocurren sucesos sangrientos todos los días, pero no se entera casi nadie. No digo que en ciertas ocasiones no sea el robo el móvil de estos crímenes; pero lo más frecuente es que el vicio ande de por medio. La solución de estos dramas se encuentra en el Sena, hacia los muelles de Passy o hacia la isla de bosque y verdura de Billancourt. Yo conozco muy bien estas partidas de vicio, en las que nosotras estamos encargadas de "levantar el telón".

Yo he leído algunas descripciones de estas célebres partidas, y, sinceramente, llegaron a parecerme un poco exageradas. Después, he tenido ocasión de comprobar por informes fidedignos que las cosas pasan según se refieren.

Casi toda la avenida de los Campos Elíseos, especialmente de la Concorde al Rond-Point, está festoneada por la noche de automóviles que aguardan pegados a los andenes de la arboleda. Los coches los conducen hombres o mujeres. Por lo general no hay que hacer otra cosa que acercarse al vehículo para encontrar "plan".

Asegura mi informadora que en estos meses de calor los coches vomitan individuos de todas las edades y de las más elevadas clases de la sociedad. Nada tiene de particular que no se conozcan. Descienden de los vehículos envueltos en capas para ocultar la desnudez más absoluta, y una vez entre los árboles, un poco retirados del paseo, celebran las más estupendas orgías sexuales sobre la fresca hierba, a la cual se prohibe el acceso... en unos carteles de gruesas letras. La Policía no se resuelve a actuar muchas veces, ante el temor de encontrarse con personajes de calidad.

—Yo "caí" por primera vez en el *Bois* cuando tenía dieciséis años o poco más—afirmó mi amiga.

Y nos explicó el lance.

—Estaba empleada como mecanógrafa en una casa de automóviles, propiedad de un americano casi millonario. Un día se recibió una cantidad en dólares; yo no había visto nunca un billete de cien, y durante unos momentos lo estuve examinando, dándole vueltas entre las manos. Entonces valía aquel papelito cerca de cuatro

mil francos. El jefe me dijo que me era muy fácil conseguir aquella fortuna, y, al efecto, podía guardarme los cien dólares si a las once de la noche le acompañaba a dar un paseo por el Bosque de Bolonia. Yo fuí puntual y él también. No me extrañó que me besara, porque esto ya lo había hecho varias veces en la oficina, ni que se tomase otras libertades conmigo. Me dijo que íbamos a ver a unos amigos, a los que me presentaría como su amante. En efecto, llegamos a un sitio cerca de la avenida de Auteuil donde estaban parados otros coches de marca. "Mira—me dijo—, no te sorprendas por lo que veas, ni te extrañe que casi todos estén desnudos." Desde luego, yo ya había comprobado que mi jefe estaba en maillot; no llevaba más que un guardapolvos y el pantalón, de cuyas prendas se despojó antes de descender del vehículo. "Creo que vas a hacer mal papel si te presento vestida." Yo tenía una curiosidad por conocer de cerca aquellos espectáculos, de los que ya tenía noticias, y me quedé sin más prendas que los zapatos, las medias y el *culotte;* aquellos cien dólares, que ya tenía yo bien guardados, me convirtieron en otra mujer. Además, entre "caer" con el jefe o con cualquier compañero de oficina, la elección no era dudosa. Después de todo, en París ocurren las cosas de esta manera y la muchacha que más se resiste es la que más pierde.

Encendió un cigarrillo y apuró de un sorbo el refresco de *vittel-mentha.* La desenvoltura de sus ademanes, sus gestos audaces, pero, a pesar de todo, su delicadeza de expresión, me la revelaban como el arquetipo de la prostituta. Cuando me aseguró que en su casa estaban bien, aunque su madre había tenido algunos asuntos que dieron lugar a la separación del matrimonio, me convencí de que aquella muchacha era *poule* de nacimiento.

—Como digo—prosiguió—, entramos en la reunión; me avergoncé un poco cuando mi jefe dijo que yo iba "de estreno"; pero me repuse en seguida. Un señor algo más joven que mi amante me ofreció una copa de champagne, que bebí con fruición. No sé de qué marca sería, pero el caso es que no he vuelto a beberlo mejor en toda mi vida. Después me rogaron otras señoras, muy finas y distinguidas, que me despojase de las pocas ropas que aún tenía puestas; ellas mismas me ayudaron diciéndome entre risas, pero infinitamente amables, que se me iba a bautizar. El bautismo consistió en verter sobre mi cabeza una botella de aquel delicioso vino; una de las señoras se arrodilló ante mí para beber el líquido que iba a caer entre mis muslos. Después me dieron una ducha de

agua fría y la señora en cuestión—es la esposa de un médico suizo—siguió bebiendo agua. Antes de ponerse en pie, se tomó conmigo otras libertades, que no me parecieron bien, pero que hube de tolerar en vista de que aquello agradaba a todos los de la partida.

La orgía continuó hasta bien entrada la madrugada, cuando ya París empezaba a despertarse. No puede decir lo que la ocurrió ni de qué forma llegó a su lecho en la pensión, en que hasta entonces vivió con la mayor honestidad; pero, a la tarde siguiente, cuando despertó, comprobó que había dejado de ser virgen, a juzgar por la facilidad con que efectuó el acostumbrado lavado de sus partes más íntimas y también por cierto escozor, que la duró dos días.

Por la tarde fué a visitarla su jefe, proponiéndola si quería instalarse en un apartamento que él tenía cerca de la Estrella, lo que aceptó llena de júbilo. La misma tarde visitaron a los modistos, al zapatero y al perfumista. Por la noche, cuando llegó acompañada de su ex jefe se encontró con todas sus ropas, sus enseres y sus fruslerías perfectamente ordenadas por una vieja doncella, que la acogió como si la conociese de toda la vida. Asegura que aquella noche, aunque se quedó sola, no pudo conciliar el sueño de tanta felicidad.

Esta situación se prolongó durante dos años. Sabía de sobra que no era la única entretenida del comerciante, el cual sólo la acompañaba dos veces en la semana; pero esto no la preocupaba. También ella acudía casi todas las tardes a la garzonera que hizo instalar para entrevistarse con un "amante de corazón", elegante muchacho que había conocido una tarde en Fouquet, y que recibía dinero de Alemania. Un día desapareció el joven y no tuvo más noticias de él que las que la facilitaron en la Prefectura cuando le reconoció entre más de sesenta fotografías de ladrones especializados en cajas de caudales.

Desde entonces, el dinero del viejo sirvió para alegrar la existencia de tres o cuatro amigos que tuvo. Así marcharon las cosas hasta que el comerciante se estrelló contra un árbol cuando trataba de vender un coche de gran marca al secretario de un personaje real noruego.

Este trágico accidente la obligó a abandonar el fastuoso tren de vida que había llevado hasta entonces, no teniendo más remedio que frecuentar ciertos sitios, que no suele descuidar la Policía. Siguió yendo al *Bois,* sin duda para reverdecer sus recuerdos más

felices, y una noche cayó en manos de la Policía. Tres días estuvo en preventiva, y cuando quiso darse cuenta se encontraba enrolada en las listas de la prostitución con la calificación de *dangereuse*, esto es, de peligrosa para el orden social.

—Podía haber vuelto a mi antigua profesión de estenodactilógrafa; pero con 800 ó 900 francos al mes no me era posible vivir a gusto. Al principio de mi "arte" me protegieron algunos amigos, hasta que *me instalé* entre la Madeleine y Montmartre, donde no hay mes que cierre la caja con menos de 3.000 francos y algunos regalos de los amigos habituales.

Francamente, he visto pocas mujeres, y eso que he conocido muchas, cuyo cinismo superase al de mi amiga Ginette. Hablaba de su vida con una naturalidad verdaderamente asombrosa, lo mismo que si se tratase de una campeona de tennis que relatase sus triunfos deportivos.

—¿Has querido mucho a tus amantes? — la preguntó mi compañero.

—Si he de ser franca, como quise a un novio que tuve a los quince años, no he amado jamás a nadie.

—¿Y al viejo?

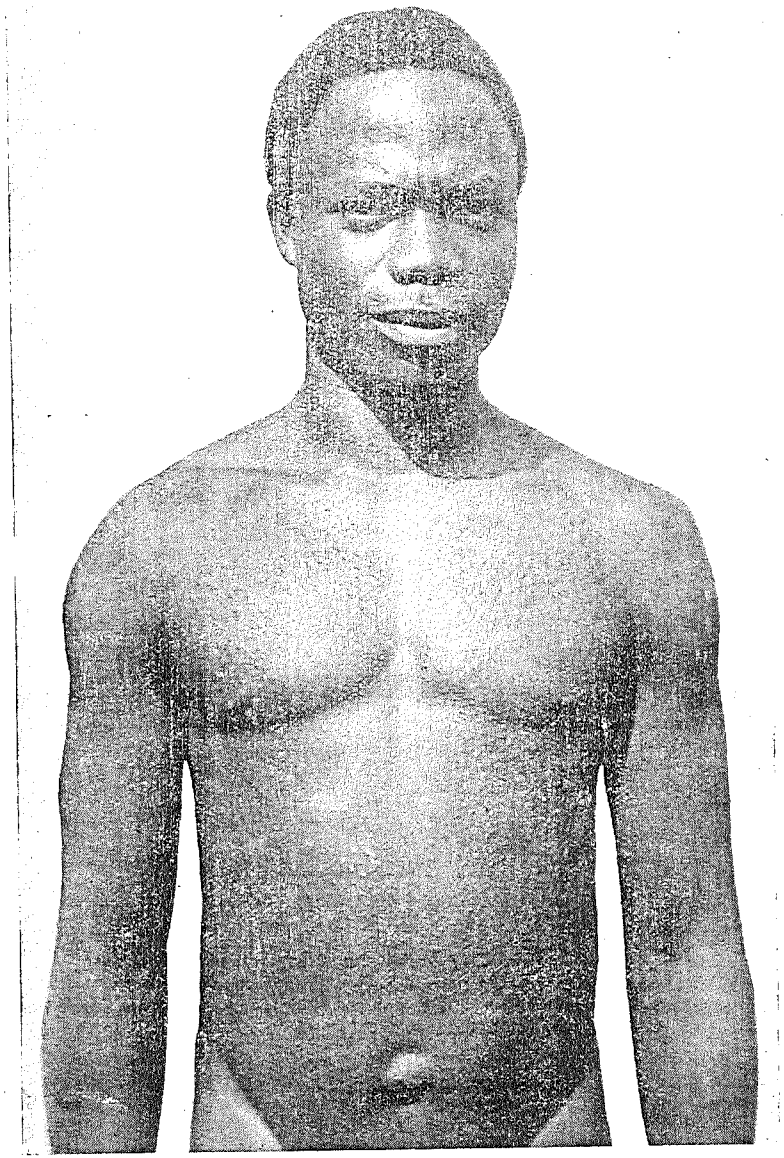
—Era muy bueno para mí; pero me daba vergüenza que me acompañase a ciertos sitios donde había hombres jóvenes. Por eso procuraba dejarme querer por otros amigos.

—Pues, a pesar de todo, nadie diría que tienes veinte años; pareces mucho más joven.

—La higiene, *petit ami*, y saberse administrar. Además, yo no comprendo cómo puede haber mujeres que caigan en el "arte" sólo por "eso"; si te digo la verdad, hace más de tres meses que no me emociono lo más mínimo, ni creo que lo necesite tampoco para mi salud. Un médico que fué amigo mío y que está en la Salpêtrière, me dijo que yo hubiera hecho mejor papel en un convento de ursulinas que en una *maison des poules*, porque tengo yo no sé qué en el sistema nervioso. Verdaderamente, creo que tenía razón; en cuanto un hombre se acuesta conmigo dos veces seguidas, no le vuelvo a ver el pelo, a no ser que se trate de uno de esos tipos viciosos que hacen todo menos lo natural. Y es que soy tan sincera, que nunca hago la comedia como las demás mujeres que viven de este oficio.

—¿Sois muchas en los bulevares?

—Ahora, no; las decentes nos hacen tal competencia que, para



LA SENSIBILIDAD DE LOS NEGROS

Una caricia, un golpe o una herida, producen en las gentes de color menos sensación que en las de piel blanca. Los tatuajes que presenta este negro no los soportaría un blanco.

LAMINA III



DIANA D'ALGY

Hace unos años triunfó en los más conocidos «music-halls» del París de la post-guerra; hoy, cuando ya no es ni sombra de lo que fué, vive entre los apaches de Clignancourt, olvidada y humilde.

LAMINA IV

cazar a un hombre joven, como vosotros, es preciso encomendarse a Dios y al diablo. Yo, si no fuera por algunos amigos casados o de edad más que madura, tendría que atravesar el charco. Menos mal que dentro de dos meses creo que no tendré que preocuparme demasiado de la vida...

—¿Tienes dinero?

—Lo que tú me des, y creo que quince o veinte francos más; ahora que no debo a nadie un solo *sou*.

—¿Entonces?

—Es que me caso.

—¿Buen partido?

—Un comandante de *spahis*, que está en Marruecos.

—¿Le quieres?

—No lo sé aún; es posible que sí.

—¿Conoce tu vida?

—Mejor que vosotros; por lo menos, con más detalles. Cuando nos conocimos, creyó que yo era una mujer de su medio; me hizo objeto de atenciones y regalos que denotaban claramente que estaba equivocado. Hasta quiso presentarme a una hermana suya que va mucho al Coliseé; pero entonces, ante el temor de que llegara a reconocerme en mi verdadera personalidad, dejé de frecuentar ese sitio y le hablé al comandante con toda franqueza. No se sorprendió demasiado ni pareció dolerle siquiera, porque a seguidas me dijo que por yo no sé qué asunto de honor tendría que permanecer en las colonias quince años más. Así, pues, me estoy despidiendo de Europa, y tengo la seguridad de que no habré de arrepentirme, sobre todo si llego a tener un hijo...

—¿No los has tenido nunca?

—No. Mi amigo el médico me dió una receta que no falla jamás, y que he procurado divulgar entre mis compañeras.

—¿Cuál es?...—inquirió la cojita, que no perdía una sílaba de nuestra charla.

—*Le bouchón d'argent*—contestó.

—Le conozco; pero es molesto y se cae.

—¿Cuánto te costó?

—Doscientos cincuenta francos.

—No es el bueno; compra uno de la marca X..., que te costará quinientos. Es alemán y lo venden a plazos semanales de diez francos.

—Veo que no queréis trabajar por la Francia...—arguyó mi compañero.

—¡Que trabajen los ministros, que para eso les pagamos!—replicó la cojita indignada.

Decidimos regresar a París, dando al chofer la dirección de un café del bulevard Saint-Michel.

La amiguita de mi camarada hablaba bastante bien el *caló* de los suburbios, y en esta lengua empezó a decir disparates de los gobernantes y de la Policía. Todo era porque el único novio que tuvo, que era anarquista, fué muerto a palos en los calabozos de la Prefectura. En estos días los periódicos franceses afirmaban que la muerte de un jugador español de fútbol, acaecida en Argel, había sido a consecuencia de una caída.

—También me dijeron a mí que mi hombre se había matado en una caída.

—¿Cómo perdiste tu pierna, pequeña?—la interrogó su compañera.

—De un tiro; fué en un *bal-musset*. Entraron unos gendarmes buscando a uno del "arte", que había matado a una niña para violarla, y como intentara resistirse dispararon "al aire" y me dieron a mí. Tres horas estuve revolcándome en un charco de sangre sin que me socorrieran. Cuando volví en mí, estaba en la sala de operaciones de un hospital. Me horroricé al ver una pierna en un cubo al lado de la mesa: era la mía.

—Oye, ¿cómo empezaste tú?

—¡Bah! Mi historia no es tan bonita como la de ésta. Tenía quince años. Un día fué a cobrar la renta de la casa donde vivíamos, en La Villette, el administrador de la finca. Mi padre le había hecho ir tres o cuatro veces, y nunca le pagaba. El tío se fijó en mí, que era la mayor de los cinco hijos de mi madre, y me acarició: "Es bonita. ¿No tienes novio?" Le respondí que sí, pero que no hacíamos más que jugar con otros amigos en las fortificaciones. Le dijo al hombre de mi madre—yo no creo que fuese mi padre—que si me dejaba ir a servir a su casa. Aquel hombre, al que yo llamaba padre, accedió, y al anochecer fuí a verle en su oficina, allá lejos, en la rue Nationale, cerca de la plaza de Italia. Me dijo que vivía él solo, y me indicó una habitación, muy limpia y muy bien arreglada, para que yo la habitase en adelante. Como yo no he sido nunca tonta, comprendí lo que quería de mí el administrador de aquella lobera donde vivía mi familia. Me hizo entrar en el baño, que ya estaba preparado, y cuando terminé de bañarme penetró en el cuarto sin que yo pudiera evitarlo. Verdaderamente, me trató muy bien, y me aseguró que si yo era razonable podría vivir muy bien y nada me faltaría. Me gustaba aquel tipo porque era muy simpático y vestía bastante bien. Además, me trató con mucha delicadeza y no me hizo daño alguno, sin duda porque yo ya no debía tener obstáculos en mi cuerpo.

La coja parecía recordar aquellos tiempos con cierta voluptuosidad. Y prosiguió:

—Un día me pidió que le hiciera una caricia, que entonces me parecía lo más repugnante que puede hacer una mujer, y yo me negué. Insistió tanto que hasta llegó a maltratarme, y entonces le dije que pediría auxilio, denunciándole a la Policía. Y me jugué la colocación, porque, temiendo que yo pusiera en práctica mis amenazas, me echó a la calle, poniéndome en las manos dos billetes de cien francos. En seguida marché a casa de mi familia, pero cuando llegué me dijeron que ya no vivía allí y que su hombre estaba en la cárcel por haber matado a un tabernero del barrio. Lo sentí por mis hermanos, sobre todo el pequeño, que no tendría más de tres años, y, dejando mis ropas a una vecina, me fuí a un baile de la Puerta de la Chapelle que yo conocía de antes. Allí conocí a mi novio, y aquella misma noche nos fuimos a vivir juntos cerca de Vincennes. Al principio me dijo que era plomista del Municipio y que trabajaba de noche en el alcantarillado, pero una madrugada entró en la habitación pálido, desencajado, medio muerto. Le pregunté qué le ocurría, y me contestó que estaba herido: tenía un balazo que le atravesaba la tetilla derecha, pero sin tocar ningún hueso. Una hora después vino la Policía, y se lo llevó para que declarase. Mi hombre no había hecho nada malo... aquella noche, pero habían reñido unos individuos, y él resultó herido casualmente. Yo me fuí detrás de los agentes, que trataban de consolarme diciéndome que nada había de ocurrirle, puesto que le llevaban al hospital. En efecto, allí le curaron y declaró. Supe que era un ladrón, pero también uno de los mejores confidentes de la Policía. Cuando me hube convencido de que se encontraba fuera de peligro de muerte y de cárcel regresé a nuestra habitación. Allí estaba un señor que me hizo muchas preguntas para enterarse si yo era la mujer de mi hombre, y cuando se hubo convencido me hizo firmar un papel y me entregó 500 francos. Yo no he podido explicarme jamás por qué razón mi amante no quiso decirme cuál era la pro-

cedencia de aquel dinero. No lo supe nunca. Después me enteré de que en la riña había resultado muerto un extranjero que tenía ideas comunistas.

—Pues no digas más: eso fué un crimen social, y el asesino fué tu novio—repuso Ginette.

—¿Y el dinero?—inquirió la cojita.

—Pues si tu novio no estuvo detenido y sólo le curaron en el hospital, se necesita ser muy tonta para no comprenderlo.

Otra vez la de la plaza Clichy volvió a proferir palabrotas contra los políticos y la Policía.

Nos dijo que cuando mataron a su novio ella ya tenía una pierna de menos. El hambre la obligó a salir a la calle a ofrecerse al primer transeúnte, un borracho que la dió diez francos. Después se especializó en aquella clase de caricias que no quiso hacer al administrador de la finca donde vivía su familia, y así estuvo viviendo unos meses, hasta que conoció a un viejo que se complacía en hacer cosas muy raras. La llevaba a la habitación y, desnudándola por completo, la obligaba a quitarse la pierna de palo. En un frasco llevaba un líquido que parecía sangre, y con él embadurnaba el muñón de la pierna amputada, con lo que tenía bastante para experimentar un placer que debía ser muy agudo. A la vez estaba liada con un estudiante, al que entregaba algún dinero; pero la abandonó bien pronto por otra compañera.

Un día, en el mercado, conoció a otro señor que tenía automóvil, el cual la llevó a su casa, empleándola más tarde en un restaurante para fregar platos. Entonces conoció a un joven portugués que vivía en Montmartre dedicado a la pintura. La tomó como modelo para un cuadro que tituló "La virgen coja". Esto la hizo popular, y desde entonces aumentó su clientela, que seguía sosteniendo entre los habituales de la plaza Clichy.

—¿Vivís bien en Clichy?

—Regularmente nada más. Somos más de trescientas en el barrio, y las que todos los días vienen de los bulevares. Toda la que empieza en la Madeleine termina en la plaza Clichy, y de aquí no se va más que a las fortificaciones, al hospital o *chez le Père Lachaise*. Yo no sé dónde iré a parar, porque ya no sirvo para nada fuera de aquí. ¡Si no hubiera sido por lo de la pierna!...

—¿Qué hubieses hecho?—interrogóla mi amigo.

—Pues trabajar con los del "arte", como hacen otras. Jeanette "la Tolosana" era amiga mía, y hoy tiene hasta automóvil. Su hombre tiene una banda de *pic-pokets* que opera en las estaciones, y no se dejaría cortar un dedo por dos millones de francos. ¡Esa sí que tiene suerte!...

La cojita se quedó un instante pensativa, mientras miraba a su pata de palo. Después se limpió una lágrima. Y repuso:

—Si todos los hombres que trata una fuesen como vosotros, la cosa cambiaría bastante—dijo casi en un suspiro.

Hablamos de separarnos. Mi compañero fué a darle los cien francos convenidos, pero ella, muy digna, los rechazó:

—No, dáselos a otra que le hagan más falta que a mí. Yo he pasado una noche bastante agradable, y esto también debe pagarse, o por lo menos no cobrarse.

Nos costó trabajo convencerla de que ambas nos habían prestado muy buenos servicios, porque la otra tampoco quería cobrar sus honorarios, si bien su negativa no nos pareció tan sincera como la actitud de la cojita de Clichy.

Era tarde. Los bulevares empezaban a llenarse de obreros que marchaban al trabajo. Pasamos ante un grupo de ellos que bebían aguardiente a la puerta de un bar. Uno que tenía acento italiano barbotó unas frases que no quisimos comprender. Decía que mientras hubiese ricos existirían prostitutas tan desgraciadas como aquella infeliz que, a pesar de faltarle una pierna, aún tenía necesidad de arrastrar su miseria entre la lujuria desenfrenada de los hombres, que jamás han sabido lo que es la fraternidad humana...

Y el obrero, a pesar de todo, tenía razón.

MARGOT, LA DEL CAFÉ D'ANGLATERRE

Boceto de su retrato.—Margot y los hombres.—Las razones psicológicas de su repulsión.—Una historia como hay muchas.—El fabricante de aceros.—Las tres alemanas.—Margot, de la represión, y yo, tratante de blancas.—El brillante de promesa.—Una visita de la policía mundana.—La venganza de Margot.—Un negocio que decae.—Las «coloniales».—Los papeles, la doncella y la pistola «Star».—Hacia la Puerta de la Chapelle

Lo mismo que hay celebridades que no se explican—ya hemos hablado de la Baker y de Raúl "el Garçon"—existen mujeres cuya belleza, magnífica y completa desde todos los puntos de vista—lo psíquico y lo físico—no significa un motivo de atracción sexual para la mayoría de los hombres. Este es el caso de una joven y bella prostituta parisién conocida por el nombre de Margot, que tiene su campo de operaciones en el interior o en la terraza del popular Café d'Anglaterre, instalado en uno de los mejores sitios de los grandes bulevares.

Margot ha servido de modelo para una infinidad de fotografías artísticas, que venden casi todas las casas dedicadas a esta particularidad del erotismo gráfico. Margot ha posado ante pintores y escultores, porque la belleza de su rostro y la armonía de su cuerpo le dan derecho a ello. Pero Margot no cuenta con esa legión de amigos de que puede disponer la trotera más vulgar de los bulevares, y todo esto la ocurre porque, sin ser antipática, ¡ni muchísimo menos!, no tiene "simpatía".

Esta es la opinión, por otra parte, inexplicable, de los hombres que la han tratado íntimamente. Ella dice que la culpa es de los hombres, que acuden a ella buscando placer, sin ocuparse nunca de pedirla un poco de amor, que daría con gusto. No obstante, envidia a sus compañeras de profesión que se venden más baratas, puesto que ella no concede una noche por menos de cuatrocientos francos.

Además, hay quien asegura que tiene dinero o que percibe regularmente una cantidad que viene nadie sabe de dónde, aunque todos lo presuman. Unos dicen que del "Intelligence Service"—la siniestra organización inglesa de espionaje—, y no falta quien asegura que es de la Policía internacional, que si no es lo mismo viene a ser muy parecido...

Madame Renard ha tenido la bondad de hacer que me acompañase una de sus pupilas, amiga de Margot, con el fin de hacer nuestra presentación, y esto por desconocerse su domicilio. Se asegura que jamás ha llevado a un amigo dos veces al mismo sitio. Por esta razón, no hemos tenido más remedio que acudir al café que ella frecuenta a las seis y media de la tarde de un día de este mes de julio, que en París hace derretirse al asfalto.

Mi acompañante levantó a su paso una verdadera tempestad de deseos, porque, defendiéndose del calor, no llevaba más que un *cache-sexe,* las medias, los zapatos y un vestidito de crespón blanco que casi dejaba ver los detalles más recónditos de su cuerpo.

No hacía diez minutos que tomamos asiento cuando mi amiga me señaló a una mujer que parecía buscar sitio.

—Ahí la tiene usted.

Y la llamó:

—¡Margot!...

Ella vino hacia nosotros. Me levanté, y fuimos presentados. Margot me ofreció su mano blanca y fina, que estreché entre la mía.

Francamente, al principio me pareció una mujer demasiado "seria" para su profesión, un poco antipática tal vez. Pero a medida que hablábamos y se convencía de que mi deseo de conocerla difería bastante del que animaba a otros hombres yo iba descubriendo en la muchacha caracteres bien distintos, que contribuían a modificar mi primera impresión.

Nos quedamos solos. Hacía un calor sofocante. Y propuso:

—¿Le parece bien que demos un paseo por Vincennes?

—Encantado, señorita.

Salimos e hice ademán de parar un taxi.

—No es necesario. Tenemos "Metro" directo hasta la Puerta de Charenton, a no ser que usted prefiera ir por arriba.

—No, Margot; a su elección. ¿Le es más cómodo el "Metro"?

—Me es lo mismo, pero resulta más económico.

Me había supuesto la razón de su preferencia, y subimos a un taxi. Desde luego, era un detalle que en París se debe tener muy en cuenta para conocer las intenciones de una mujer galante, aunque muchas veces usan de estos procedimientos en forma de *ballons d'essai,* con el fin de medir el grado de esplendidez del amigo que se pone a tiro, o sencillamente su "capacidad adquisitiva". Pero conmigo no había caso, ya que conocía mi propósito formal de salir de París dos días más tarde, tiempo insuficiente para intentar una conquista del tipo admitido por Margot.

Dimos un paseo por el lago Daumesnil, y cuando nos pareció, después de charlar de asuntos triviales, amarramos la embarcación en un pequeño abrigo de la isleta. Me preguntó acerca de mis estudios en París, lamentándose de no habernos conocido antes para haberme podido acompañar a algunos sitios. No obstante, se me ofreció incondicionalmente en aquellos dos días que me quedaban.

—Luego usted ha venido con el fin de vivir un mes entre prostitutas.

—En efecto, como parte esencial de mi programa.

—¿Conoce usted La Chapelle?

—Aún no.

—¿Quiere usted que vayamos esta noche?

—Con el mayor placer.

—Le adviero que va usted a ver cosas terribles.

—No importa. Ya conozco Lisboa, Buenos Aires, Barcelona, Tánger, Constantinopla, Yokohama, Singapoore, El Cairo...

—Pero no conoce usted a los apaches de las Fortificaciones, a no ser por la *cave* del *Moulin-Rouge*, que me supongo que no habrá dejado de visitar. Yo he vivido ya todos los ambientes de París.

—¿Con fortuna?

—No. Empecé con madame Renard, como usted sabe, y nadie me hacía caso. Menos mal que la vieja hizo circular una porción de historias acerca de mi vida, y ello me dió ocasión para vivir con cierta independencia.

—Hay quien dice que tiene usted mucha suerte con sus amantes. ¿Es esto cierto, Margot?

—Puede ser, pero ello depende de la clase de hombres que me juzgue. Tengo esa fama de antipática—usted juzgará si es merecida—porque jamás acepto una proposición desde el primer momento. Es mi sistema. Si esa mayoría de hombres no fuesen tan impulsivos creo que yo no sería como soy. Además, aunque me ofrezcan mucho dinero jamás me entrego a quien no me inspire alguna

simpatía o una fuerte curiosidad, porque no sé fingir. No he podido habituarme al empleo de esa pasividad que en los actos sexuales imponen a la mujer las reglas higiénicas. Dicen de mí que soy de hielo, cuando en realidad es fuego lo que algunas veces arde en mis venas; pero ese fuego no se enciende tan fácilmente como creen los hombres que llevan muchos miles de francos en la cartera. No obstante, tengo mi *livre* en regla como cualquier prostituta.

—Inmerecidamente.

—¿No es galantería?

—Es convicción.

—Gracias; español al fin.

—No, señorita; comprensivo nada más. Usted misma sabe que no es como las demás mujeres que llenan los bulevares e invaden todo París, por la sencilla razón de que ninguna de ellas es capaz de someterse a esos escrúpulos.

—Puede ser; pero no olvide que todo depende de circunstancias completamente ajenas al hecho esencial que quiere usted encontrar en mi conducta; no todas las mujeres gozan de una relativa independencia económica para permitirse determinados lujos.

—¿Es usted rica, Margot?

—No, ni me interesa; tengo una pensión de tres mil francos al mes, heredada de mis padres; pero que no es bastante para vivir en un medio como París, donde existen tantos motivos para invertir el dinero. Si la Policía fuese más justa, vería en mí a una mujer que vivía libremente y que daba satisfacción a sus instintos de una manera ordenada e inofensiva, al contrario de lo que hacen infinitas mujeres casadas, que pasan por honestas. Yo tuve ocasión de contraer un buen matrimonio; pero no lo hice por no tener seguridad en que habría de serle fiel a mi marido; el día que adquiera esa certeza, me casaré y Margot habrá muerto para siempre. ¿Comprende usted ahora por qué soy antipática en algunos criterios? Esos hombres que yo rechazo van a lo suyo, y yo a lo mío; creo que todos estamos en libertad de hacer lo que nos parezca, especialmente en lo que atañe a la propiedad de nuestro cuerpo y a la manifestación de nuestros sentimientos. Por esto creo que no merezco el *livre* de que me ha dotado la Policía, cosa que me tiene absolutamente sin cuidado y que considero infinitamente preferible a tener que utilizar las influencias que pudiera ganarme con algunos inspectores, gente sin educación y poco amigos del aseo personal. Pero, en fin, empecé mi vida en la casa de madame Renard, y esto no se olvida en los archivos policíacos.

Me aseguró que, a pesar de todo, algunas veces se preguntaba si tendría "un algo" que desagradase a los hombres hasta el extremo de alejarlos de ella. Si alguno la gustaba y pretendía conquistarle, lo más corriente era que fracasase en sus intenciones.

—¿Tendré un aspecto exageradísimo de mujer honesta?

—Ni de deshonesta tampoco; no obstante, en su presencia hay algo original: tiene usted un continente de severidad poco común de muchacha respetable y seria, que la hace más digna de ser amada—bien amada—que de ser solamente poseída. Las muchachas honestas son como usted: indiferentes, tranquilas y poco amigas de los hombres.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que usted se ha supuesto.

—¿Es posible?

—Sí, Margot. Me parece tan delicada—y creo que a muchos hombres les ha de parecer igual—que en este ambiente de París puede usted pasar por la amiga... de una amiga muy apasionada. Y esto no les agrada a los hombres, porque para ello sería preciso tener instintos demasiado primitivos, demasiado viriles. Los faunos de la Mitología preferían a las mujeres de su tipo.

Mi teoría era un poco arbitraria, lo comprendo; pero en París son posibles todas las teorías, por arbitrarias que parezcan. Y agregué:

—¿Nunca la ha pretendido ningún hombre con intenciones "serias"?

—Sí, tres o cuatro.

—¿Y usted qué ha hecho?

—Rechazarlos, porque no me convenían.

—¿Lo ve usted? Los que acuden con el corazón, no la interesan, "porque no la convienen" a su concepto de la existencia libre. y aquellos que la pretenden en otro orden de ideas se estrellan contra su aparente castidad, puesto que no es el amor lo que les dirige hacia usted, sino el deseo; pero un deseo que, como es esencialmente instintivo, no puede saber de esperas ni de tácticas delicadas. Usted debe saber que en los tiempos que corren, y en París precisamente, los hombres no están por "perder el tiempo" en conquistas difíciles. No dudo que muchos cifrasen en su posesión toda la felicidad de su existencia; pero en el instante en que usted

les haga conocer sus teorías, no cabe duda que el encanto queda roto definitivamente, porque habrá usted matado en aquel hombre la ilusión que le llevó a pretenderla. ¿Está esto claro?...

—Creo que tiene usted razón; debo ser una incomprendida.

—No, Margot, y perdóneme; es usted una "incomprensiva", que no es lo mismo. Estoy persuadido de que no puede inspirar más que grandes pasiones sentimentales, o unos deseos tremendos de animalidad incontenible. Y vea usted, amiga Margot, que estos dos extremos pugnan en absoluto con sus conveniencias y con su concepto de la vida.

—¿Entonces?...

—Pues que no tiene más remedio que modificar sus conceptos, si es que realmente la preocupa ese alejamiento que demuestran los hombres hacia sus indudables encantos; pruebe usted a cambiar de ambiente, dejando los bulevares.

—Sería igual, porque creo que es verdad que todo depende de mí.

No creo que acabase de estar convencida, a pesar de sus afirmaciones. En este caso yo estimo que su descontento no era más que el resultado de su orgullo de mujer desdeñada, ya que ni tenía grandes necesidades sexuales ni era posible pensar en un significado malestar económico. Por eso la hice ver que la causa fundamental de sus inquietudes estaba en aquella pensión mensual, que la ponía a cubierto de graves preocupaciones, y que, además, la permitía llevar en el gesto y en la conducta la marca de su independencia, de la consciencia de que "no necesitaba" de los hombres más que lo que a ella le conviniese.

Esto lo llevaba "escrito en la cara", y los hombres lo leen como en un libro abierto.

Margot había vivido con un hombre durante cerca de dos años, hasta que murió su madre y empezó a cobrar la herencia en esa forma de pensión vitalicia. Había nacido en Nantes, donde transcurrió casi toda su existencia, hasta que se descubrió que estaba embarazada de un militar, al que se había entregado poco menos que suplicándole que la poseyera. Entonces vino a París con la dirección de una comadrona, la cual la condujo a casa de madame Renard tan pronto como estuvo en condiciones de poderse valer por sí misma. La vieja comprendió en seguida que Margot "no encajaba" en aquel ambiente, por lo que resolvió tomarla a su servicio como auxiliar para escribir cartas y llevar la contabilidad de

su negocio; más que nada lo hizo por venir recomendada de aquella comadrona, a la que estaba unida por una larga cadena de eslabones inconfesables.

Un día, la muchacha tuvo curiosidad por ver lo que pasaba en el salón-bar, y debutó con gran complacencia de su dueña, pero siempre se condujo de una manera demasiado pasiva para interesar a la clientela. Entonces fué cuando se la ocurrió decir que Margot era hija de un aristócrata bretón que había muerto en la ruina, que ella había matado al hombre que la sedujo, y otra porción de fantasías por el estilo. Apenas si estuvo tres meses en la casa, hasta que un viejo comerciante de Montmartre pagó sus deudas—cerca de dos mil francos—y se la llevó a vivir a un pisito cerca de su establecimiento. Lo demás lo hizo el ambiente de París y el afán de la joven de conocer todos sus encantos.

Posteriormente, conoció a un joven inglés que andaba mucho con los inspectores de la Policía internacional. Con este motivo estuvo en Londres algún tiempo, marchando después a Berlín con nombre supuesto. La Policía berlinesa debió sospechar algo, y cuando llevaba tres meses viviendo, espléndidamente instalada en uno de los mejores hoteles de dicha ciudad, recibió una amable invitación para que dijese a qué punto de la frontera quería ser trasladada para volver a su país natal.

—Me debieron tomar por una espía o cosa parecida. En realidad, el motivo de mi viaje a Alemania no fué otro sino el de aprender el alemán, lengua que domino correctamente.

Estoy seguro de que Margot no decía la verdad. Además, al enseñarme unos papeles, pude ver que en el bolso tenía varios billetes de diez libras esterlinas.

Me convencí de que, en realidad, no era una prostituta, y que su *livre*, esto es, la cartilla sanitaria, no era más que un disfraz de otras actividades que yo no podía precisar. No obstante, el hecho indubitable es que era mujer y que como tal tenía sus necesidades sexualsentimentales, independientes en absoluto de su profesión, sea la que fuere.

—También se dice que usted vive en muy buenas relaciones con cierto sector de la Policía internacional; ¿es verdad esto, Margot?...

—Como no sea porque en una ocasión denunció a un ladrón americano, no sé a qué pueden obedecer esas afirmaciones. Aquel individuo era un traficante de mujeres, y como tal descubrí a las

autoridades, aunque resultó que también había dado un golpe en Londres, fingiéndose pariente de la familia real inglesa. ¿No conoce usted el caso?

—No, y debe ser interesante.

—Me le presentaron en Londres unas amigas; me aseguraron que era un fabricante de aceros, establecido en Baltimore. Creo que le interesé bastante, y cuando regresé a París se obstinó en acompañarme. Me regaló un brillante que valía diez mil francos, que después resultó que había robado a un pobre corredor de alhajas. Le convencí de que era una mujer completamente libre, que no pensaba en someterse, por entonces, a determinados compromisos, y menos entablar unas relaciones íntimas. Me dijo que había venido a París con el fin de recoger a la hermana y a dos primas carnales de un íntimo amigo suyo, al objeto de acompañarles hasta Marsella, desde donde se dirigirían a Buenos Aires. Me presentó a las jóvenes tres bellas criaturas, sobre todo las dos primas. Lo que sí me extrañó sobremanera es que no hablasen más lenguas que el alemán, idioma que conocía a la perfección mi galanteador. Yo fingí no entender dicha lengua, y ello me permitió enterarme de que, en efecto, las dos hermanas eran primas de la otra y que ésta no tenía tal hermano. En resumen, se trataba de tres alemanas que iban dedicadas a la prostitución, cosa que sabía muy bien la mayor, pero que ignoraban en absoluto las otras dos, puesto que hablaban de un colegio, al que iban colocadas como profesoras de alemán. No cabe duda que era un hombre muy hábil haciendo *embalajes*.

—¿Conoce usted la jerga de los traficantes?

—Y a los traficantes también.

—¿A fondo?...

Se me quedó mirando unos instantes, como si temiese una sorpresa.

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿La extraña, Margot?...

—No, no tiene nada de particular; pero es que también pueden haberle dicho a usted que me dedico a ese negocio.

—Piensa usted mal; ni me han dicho nada, ni lo hubiera creído después de cambiar las primeras palabras. Pero es que al decirme que conoce a esa gente, no he podido por menos de asociar ese conocimiento con lo que se dice de sus relaciones con la Policía internacional. ¿Comprende ahora?

—Es usted muy hábil, *monsieur* Lucenay, y no quiero pensar en qué pueda usted ser un rival muy peligroso.

—¿Qué dice usted?

Margot me había confundido; me tomaba por un traficante, o algo más vulgar aún: por un espía de cualquier asociación de exportadores de mujeres, que había recibido órdenes de ponerla sitio. Traté de sacarla de su error, y, por fin, un poco contrariado, la invité a que me acompañase al hotel donde me hospedaba para que viese mi documentación, mis libros y las pruebas todas de que en lugar de rivales yo había sido un compañero que trabajó cuanto pudo.

A la vista de mis papeles, se convenció de que se había equivocado, por lo que me pidió perdón muchas veces. Ahora hablamos de muchas personas, que ambos conocíamos, y con este motivo tuve ocasión de saludar a antiguos camaradas.

—Bien, Margot; puesto que ya nos conocemos, ¿quiere decirme si hace mucho tiempo que trabaja?

—Dos años; desde lo del americano.

—¿Ginebra?

—No; la "Jewish".

—¿Qué zona?

—Independiente. Y, para serle franca, ya había pensado en señalarle a usted.

—Lo que la hubiese valido un traslado cuando yo me hubiera defendido, ¿no es así?... Pero, en fin, ¿quiere usted seguir con lo del americano?

—Sinceramente, las dos muchachitas me inspiraron mucha lástima, porque por entonces ya sabía de sobra lo que ocurre en estas cosas. Sirviéndome de mi amigo como intérprete, traté de hacerme buena amiga de la supuesta hermana de mi amigo, que ya tenía una carrera bastante larga, a juzgar por lo que algunas veces hablaban delante de mí cuando nos hallábamos solos, sin adivinar siquiera que no se me escapaba un punto de su conversación. Todavía él fué a visitarme una mañana a mi casa con el pretexto de que le facilitase la dirección de un comerciante de maquinaria que yo conocía; pero, en realidad, no fué más que a proponerme que le acompañase a América del Sur, donde decía tener unos negocios importantes. Yo le dejé hablar, y hasta le hice abrigar la certeza de que estaba dispuesta a acompañarle a Buenos Aires. Me hablaba de pozos de petróleo en Comodoro Rivadavia, de minas en

Salta y de acciones en los Ferrocarriles argentinos, y cuando me creyó suficientemente preparada me tomó la mano y me colocó en el dedo corazón el célebre brillante.

—¡Muy original!

—Es posible; pero no me interesaba ser la esposa de un traficante de mujeres, que era la única personalidad que yo veía en él. Pero me convenía continuar creyéndole, para salvar a aquellas dos muchachas, o, al menos, para hacerlas saber a qué se exponían de continuar al lado de aquel hombre. Había transcurrido un mes, durante cuyo tiempo puede decirse que no me había separado de ellos más que para dormir, ya que comíamos juntos y juntos íbamos a todas partes, puesto que trataba de que las muchachas aprendieran un poco de francés antes de embarcar, y que fueran aficionándose a la vida de lujo y de placeres modestos que llevábamos; usted ya conoce la táctica de estas gentes, que yo entonces ignoraba.

—¿No observó usted nada anormal que le infundiera más sospechas?

—No. Un día, que nos hallábamos en la habitación que ocupaban las muchachas, llegaron dos inspectores de la Brigada Mundana de la Prefectura, encargados de la inspección de hoteles. El americano se puso pálido cuando una camarera anunció la visita de los inspectores, pero se repuso pronto; parece que le estoy viendo. Entraron los agentes, los cuales, muy respetuosos, pidieron la documentación de él y la de las muchachas. Excuso decirle a usted que todo lo tenían en regla, por lo que nada tuvieron que hacer los policías, sino desearles que les fuese muy grata su estancia en tierra francesa. Pero a mí no se me escapó el detalle de la contrariedad que la visita produjo a mi amigo, lo que acabó de servirme para afirmar mis sospechas de que aquel hombre no estaba muy a buenas con su conciencia.

—¿Cómo le denunció usted?

—Verá. Una tarde me invitó a ir a su hotel con el pretexto de mostrarme una colección de antigüedades egipcias, entre las que había varias joyas de gran valor. Me contrarió bastante que no estuviesen las muchachas, pero accedí a tomar el té en su habitación, casi presumiendo lo que pudiera ocurrir, cosa que no tuvo lugar porque le amenacé con gritar si intentaba algo. Me insultó y le repliqué en forma adecuada. Entonces me abofeteó brutalmente. Me aseguró que todo había terminado entre nosotros, pidiéndome el brillante que me regaló, y que no se dió cuenta que yo había dejado hacía unos momentos sobre la chimenea. Quise utilizar su tocador para maquillarme un poco, y de la forma más grosera me obligó a salir de la habitación. Desde allí llamé a un amigo, inspector de Policía, dándole cita para media hora más tarde, diciéndole que tal vez pudiera darle ocasión de practicar un buen servicio. En efecto, le referí, como a usted acabo de hacerlo, todo lo que yo sospechaba y cuanto había sucedido, y una hora más tarde el americano y las muchachas estaban vigilados por mi amigo y otro inspector, los cuales, a la mañana siguiente, condujeron a los cuatro a la Prefectura. Las dos jóvenes fueron puestas a disposición de las autoridades consulares de Alemania, y la otra, mientras se recibían informes de Berlín, quedó en prisión preventiva.

—¿Y el otro?

—Cuando la Policía empezó a rebuscar datos, se encontró con que, aparte de sus actividades de tratante de blancas, era el autor de una importantísima estafa y no sé cuántas cosas más que había cometido en Londres. Creo que tiene para rato en Nueva Zelanda.

—¿No teme usted ninguna venganza?

—No, porque era un "solitario"; de esto me enteré después, cuando empecé a trabajar para la represión, cosa que me ofreció la "Jewish" como recompensa por haber denunciado a aquel tipo, que no operaba más que con judías alemanas.

—Y ya en este plan de sinceridad, de buenos compañeros, ¿es cierto lo del "Intelligence Service"?

—Ni lo ha sido nunca. Cuando me expulsaron de Berlín, fué por una denuncia falsa; cumplía una de las primeras misiones que me encargó la "Jewish", y como el servicio de espionaje de estas gentes es bastante mejor que el de la represión, ante el temor de que pudiera estropearles algún asunto dijeron que yo había sido encargada por una asociación inglesa de obtener ciertos datos que acaso pudieran perjudicar algún día determinados intereses de Alemania.

—¿Son ustedes muchas en París?

—Veintisiete; yo soy el "H. F. 9."; pero en agosto pasaré a la Oficina de Berlín con ficha nueva, no sé si para el Brasil o la Argentina o me darán puertos. Preferiría tomar un poco el aire del Sur, aunque ya sé que se trabaja demasiado.

—Y se sufre más, Margot. Allí el dinero lo es todo, y cuando cree usted haber hecho un buen servicio, se encuentra con que se

ha equivocado; tengo entendido que la "Jewish" tiene las cosas organizadas de forma que son imposibles las "equivocaciones", aunque las venganzas suelen ser terribles.

Me invitó a cenar en un restaurante de Montparnasse, muy frecuentado por los traficantes de mujeres, especialmente los *cadets* y espías femeninos de primera fila, gentes conocidísimas de la Policía y que viven casi miserablemente, porque el negocio ya no requiere en París esa organización minuciosa que era necesaria antes de la guerra. Hoy son numerosos los "solitarios" que actúan por su cuenta y riesgo pero sin relaciones demasiado extensas, puesto que la caza les va a las manos desde el círculo más elegante de los Campos Elíseos al *bal-musse* más mísero de la Puerta de la Chapelle.

—¿Conoce usted a esos elementos, Margot?

—A casi todos ellos; por cien francos harían verdaderas atrocidades, menos preparar un paquete. Por lo general, trabajan a la Comisión; pero sólo cuando se trata de "flores" auténticas, cosa que en París no es más que el delirio de un perturbado. De otra forma, para ganarse mil francos, tienen que hacer lo siguiente: buscar el paquete, "darle el peso" (o sea, convencerla), proveerla de documentación y acompañarla hasta El Havre, donde es recogida por los de "remonta", si es que antes no hemos caído uno de nosotros, cosa que se prepara desde aquí cuando tenemos noticias de alguna expedición. Estos infelices son la parte más delgada de la cuerda, porque tienen que entenderse con los de "remonta", que no hacen más que recoger la mercancía en los puertos poniendo dificultades que se traducen casi siempre en una reducción de la cifra convenida, lo que no queda más remedio que aceptar si no quieren cargar otra vez con el "paquete".

—¿Y ellas?

—Son las "coloniales", el desecho; se ofrecen ellas mismas para marchar a cualquier parte, con tal de que las paguen el viaje en la clase inferior. Con estas gentes no nos metemos nadie, porque a veces hacen falta en aquellas regiones en las que escasea demasiado el plato indígena.

Después de cenar fuimos a tomar café al *Anglaterre*, punto de paso de muy significados elementos. Margot penetró en el café con un gesto altivo de reina destronada.

—Así dicen que atravesó María Antonieta el patio de la Conserjería, ¿no es cierto, amiga Margot? No me extraña que no la molesten los hombres.

—Pues ya me conoce usted un poco y sabe de mi vida algo más que antes de ser presentados. No soy más que una mujer enamorada de su oficio, y creo que cumplo con mi obligación, de lo que es prueba toda esa fama de que intentan rodearme algunas gentes, las cuales ignoran en absoluto cuál es el aspecto real de mis actividades.

Fuimos a su casa con objeto de cambiarse de ropa. Mientras tanto, me hizo curiosear en sus papeles y documentos, en los que presidía el orden más absoluto. Su doncella, una vieja tolosana, la trataba como a una hija. Me aseguró que Margot era la criatura más buena del mundo, a la que debían gratitud muchas mujeres.

—Ya ve usted si será buena, que hasta los judíos la protegen.

Para esta buena mujer no había, por lo visto, gentes peores que los hijos de Israel. Margot, en cambio, nunca diría lo mismo.

Cuando salió de su cuarto estaba desconocida. La *robe* de tarde la había sustituído por un trajecillo de hechura sastre, color azul marino y una boina del mismo tono. Miró en un bolso que había tomado del armario, comprobando que no la faltaba un salvoconducto de la Policía, que era a la vez la licencia de uso de armas.

—Este juguete suele ser muy necesario en los sitios que vamos a visitar esta noche. Además, es español: marca "Star" legítima, regalo de un policía de Barcelona con el que hice un servicio en Marsella. Pero bueno, usted debe quitarse los lentes, si es que no le hacen mucha falta, y sustituir ese cuello planchado por un pañuelo de seda, que yo le daré; hay que ponerse un poco a tono con el ambiente.

Me quité los lentes y el cuello y me puse el pañuelo. Y por si acaso, entregué a Margot unos billetes de mil francos que llevaba encima, lastre peligroso en aquellos medios, donde la vida de un hombre importa bastante menos que un billete de cien francos...

ESCENAS TRAGICAS DE LA PROSTITUCION EN PARIS

En el riñón de la Chapelle.—Lo que vale un hombre.—En el «quai» de la Gironde.—La moral del matarife.—La del asesino.—Un guardia que nos confunde y que no nos cree malos.—La vida de día.—El holandés Van-Tuborg.—Una muerte misteriosa.—Homicidios por imprudencia.—La ley del «milieu».—Las «porte-malheur».—Una muda y dos ciegas.—Lo que no comprenden jamás los jueces.—De chulo fracasado a apache prestigioso.

En Trinité hemos tomado el "Metro", que en veinte minutos nos ha puesto en la rue de la Chapelle, en pleno corazón del célebre suburbio parisino. Descendemos en la estación de Torcy para, después de seguir por la rue Riquet, tomar la de Curial, en una de cuyas callejuelas se esconde una taberna, mezcla de cueva y fosa, de apariencia siniestra.

No hay más que tabernas y "hoteles" por todo el barrio. Y salones de baile. Salones de *bal-musset*, en los que se expenden bebidas, previo el pago de su importe, en vasos de cristal bastante fuerte, que a veces sirven de terribles proyectiles irrompibles. También son muy sólidos los bancos y las mesas, largos y dispuestos como los de un colegio; pero fuertemente atornillados al suelo. No hemos entrado. No hemos hecho más que asomarnos al interior de dos o tres antros, para seguir paseando por aquellas calles y callejas, donde se ha refugiado lo más trágico de la miseria que hay en la escoria de la gran ciudad.

En el quicio de una puerta, una mujer de unos treinta años se revuelca y blasfema y vomita vino. Está casi desnuda. En uno de los balcones de la casa de enfrente hay un individuo que la está arrojando platos y cacharros de cocina, mientras la insulta ferozmente .Este no está borracho, pero parece que ha enloquecido.

Un grupo de gentes, mujeres y chiquillos en su mayoría, le dan

la razón al hombre. Resulta que mientras él ha estado buscándose la vida todo el día, ella, que estuvo durmiendo toda la tarde, no volvió por la casa hasta las diez de la noche, y eso completamente ebria. Algunas de aquellas señoras aseguraban que de las tres de la tarde a las nueve de la noche se pueden ganar muy bien más de cincuenta francos, sin lavarse siquiera. A esas horas es cuando empiezan a llegar los ganaderos del mercado de La Villette, quienes, después de refrescar un poco, gustan de pasar unos momentos en la alegre compañía de estas mujeres, que hacen de todo por diez miserables francos.

Una, que es joven y bastante bella, nos explica las razones que tiene aquel energúmeno para maltratarla como lo hace. Asegura que es una borracha indecente, y que, además, toma *cocó* cuando puede procurárselo. El hombre es muy bueno para ella, puesto que no le importa "enfriar" a cualquiera con tal de poderla llevar unos francos.

—¡Y que una mujer no sepa apreciar lo que vale un hombre así!—se lamenta con toda honradez.

—¿Y qué hace ella?—repuso Margot.

—Hay días que ni uno solo. Está viviendo a costa de ese pobre hombre, que no sé cómo no la ha llevado ya a dar un paseo por el canal del Ourcq... Otras se han quedado allí con menos motivos.

Los curiosos se fueron alejando, cuando el energúmeno no tuvo más proyectiles que arrojar. La infeliz tenía en la frente una herida, por la que sangraba en abundancia. Quise aproximarme a ella para vendarla siquiera, pero Margot se opuso:

—No se le ocurra; usted no conoce las leyes de estas gentes. La mujer que es maltratada por un hombre, bien maltratada está; esto lo saben muy bien los agentes de Policía, por lo que procuran alejarse cuando uno de estos caballeros se empeña en adornarle la piel y su coima. Son *affaires privés* como ellos dicen y ellas sostienen, y cuando hay algún romántico que se pone de parte de la maltratada, aunque lo haya sido sin razón, siempre suele pagarlo demasiado caro.

Pasamos a su lado y nos insultó.

—¿Ve usted? Pues si intenta curarla, si puede, le mata.

Llegamos hasta cerca de los Mataderos Generales, siguiendo la rue de Flandre. Al desembocar en el *quai* de la Gironde, nos llamó la atención un tumulto de voces, en el que dominaban los lamentos de un herido. Dos gendarmes trataban de apartar a la gente, que

se había arremolinado, mientras otros dos pugnaban por sujetar a un hombre, que acababa de dejar caer a sus pies un enorme cuchillo matancero. Nos aproximamos al grupo, en cuyo centro yacía una mujer inmóvil. Estaba muerta en un charco de sangre. Toda la blusa la tenía empapada y roja. La cuchillada la había abierto el estómago.

Se escuchaban comentarios para todos los gustos: unos estaban de parte de la muerta, y otros, de la del matador. Aquella infeliz que no tendría más de diecisiete años, había muerto en virtud de la justicia que mandan hacer las leyes del *milieu*, de las que se muestran partidarios los tradicionalistas, que eran las gentes más viejas de la reunión.

Un gendarme procuraba imponer silencio a los comentaristas, hablándoles en la rara jerga del *argot*. Los espectadores, naturalmente, no le hacín ni pizca de caso, y el asesino prometió estarse quieto si le dejaban suelto para fumar un cigarrillo. Uno de los agentes amartilló la pistola y le dejó fumar. A los pocos instantes llegó un inspector con dos agentes más, y seguidamente una ambulancia sanitaria.

—¡Al canal con esa perra!—exclamó una vieja de aspecto repulsivo.

—Y tú a los muladares, vieja indecente—repuso una jovenzuela, que se apretaba contra el pecho de su hombre, un matarife de los *Abattoirs*, enorme como un gigante.

—No hay derecho a matar a nadie; cuando una mujer no sirve, se la da una paliza y se cambia por otra. ¡Si no hubiese mujeres en París!...—sentenció el coloso.

Uno de los agentes aprobó las frases de aquel chulo moderno y sentimental.

Otro, que debía ser compañero del anterior, opinaba lo mismo que éste:

—Lo mismo que un hombre puede dejar a su *marmita* cuando no trabaja bien, ella puede abandonarle a él cuando ya no le quiera. A mí me dejó René, la de La Villette, porque había encontrado un hombre que quería casarse con ella. Yo, naturalmente, no me opuse, no haciendo otra cosa que cobrame el rescate. Hoy está casada y tiene un hijo, y para mí es la mujer más respetable del *quartier*.

El asesino le miró de frente:

—¿Y si te hubiera hecho lo que a mí esa perra?

—¿Qué te hizo?

—Quitarme cien francos para dárselos a Jacques, el bailarín. El mismo Jacques me lo ha dicho.

—Entonces... Entonces es fácil que yo también estuviese a estas horas fumándome un cigarro ante la boca de una pistola.

Los cien francos no se los quitó, como pudiera suponerse; es que se los había dado al bailarín, después de ganarlos con las gracias de su cuerpo. Entre estas gentes, el sentimiento de propiedad que la mujer les inspira, llega a estos extremos inconcebibles. La mayor parte de los *souteneurs* viven exclusivamente de sus "marmitas", que no son más que fincas, o, mejor dicho, animales domésticos. Lo mismo que un vaquero llegaría hasta el crimen si le ordeñasen una vaca, así el *maquereau* asesina a la vaca cuando entrega a cualquiera un solo céntimo de sus ganancias. Lo lógico sería que el ordeñador fuese el objeto de la venganza; pero no sucede así, porque la moral de estas gentes estriba en creer que el hombre está a la que salta, y que sería tonto si no lo hiciera.

Se llevaron al cadáver y al matador. Todavía éste, cuando la veía por última vez, tuvo un gesto terrible y canalla:

—Toma, perra indecente.

Y la escupió en el rostro.

El gigante se desprendió del brazo de su amiga, y aproximándose al preso le asestó un puñetazo tan formidable en el rostro que le derribó en tierra. Todo pasó en menos tiempo que se tarda en referirlo.

Después se quedó mirando a los policías como esperando su desaprobación por lo que acababa de hacer; pero no dijeron nada. Sólo un agente le recomendó:

—Supongo que ya habrás terminado.

—Si me dejaran ustedes por mi cuenta, me quedaría a gusto.

La muchacha que le acompañaba se enganchó a su cuello y le besó en la boca.

Después, levantaron al caído, le metieron en el coche-jaula de la Comisaría, y el barrio recobró su relativa calma habitual. En los *bal-musset* los acordeones interpretaban una música sentimental y enervante.

Uno de los agentes que había intervenido en el suceso se escupió en una mano para limpiarse unas manchas de sangre, secándose luego en la guerrera. Al pasar por una casa de miserable

apariencia, una mujeruca le invitó a lavarse, sacando una jofaina y una tohalla, acerca de cuyo uso no podían caber dudas.

—¿No tiene usted otra más grande, señora?

—¿Es que quiere usted bañarse?...—replicó.

—No, pero...

—Pues no tengo más.

Y después de lavarse, prefirió secarse las manos con el pañuelo.

Luego, nos hizo saber que ya era tarde para andar por la calle.

—¡Si fuérais gentes pacíficas, menos mal!... ¿Sois del *quartier?*—nos preguntó.

—No—repuso Margot—; vivimos en la Bastilla.

—¡Pues también allí sois buenos!

—Mejores que por aquí, desde luego—repuse yo.

—Más escandalosos; allí os despacháis a tiros. Yo he estado dos años por el barrio, y sé lo que dais de sí. Ahora que vosotros, particularmente, no parecéis de los peores. Por lo menos, tu "marmita" es una mujer seria, que debe dar buenas rentas, ¿no es cierto?

—Yo fuí a contestarle, cuando intervino Margot:

—Los agentes de allá abajo son más discretos que usted y hablan menos; por lo menos, saben conocer a las personas. Le ruego que vea usted esto.

El guardia se nos quedó mirando, como si comprendiera que había ido demasiado lejos, y después leyó el salvoconducto de la Prefectura, que acreditaba a Margot como agente de policía. Si le hubiesen echado un cubo de agua helada, no se hubiera quedado tan frío.

Se deshizo en súplicas de perdón.

—Ustedes comprenderán que así, de noche y en estos sitios... Yo les suplico que me perdonen y se pongan en mi lugar. Pero ya han visto la clase de gente que se mueve por estos medios y las consideraciones que pueden merecer de las personas honradas.

—Lo comprendemos todo, señor agente—dijo Margot—. Pero nada le hubiera replicado a no ser porque quería darme a conocer, a fin de que nos refiriese usted algunos casos de éstos. Aquí, el señor—dijo por mí—, es un escritor español que ha venido a París con el fin de estudiar la prostitución.

El hombre se puso a nuestra disposición. Después, llamó al compañero, al que dijo quiénes éramos, y los cuatro nos internamos por aquellas callejas sin urbanizar, malolientes y negras, ilumi-

nadas apenas por los raudales de luz que salía del interior de aquellas yacijas miserables, nidales de ladrones y prostitutas.

Los agentes llevaban cuatro años en el barrio con servicio nocturno, y conocían a todos los elementos que pululaban por estos antros. De día, eran las gentes honestas las que daban un aspecto distinto al sector. Matarifes y obreros de los mataderos y los mercados de ganadería de La Villette y hortelanos de los pueblos de Aubervilliers, Saint-Ouen, Pantin y Romainville, eran la honesta clientela de aquellas tabernas y salones, donde se jugaba a la *belotte* y se bebía cerveza, pagada después de consumida.

También formaban las partidas las prostitutas del barrio, a partir de las tres o las cuatro de la tarde. Estas mujeres trabajaban "honradamente" en su oficio, y hasta tenían sus amigos entre los viejos campesinos o los ganaderos de los pueblecitos del *banlieue,* los cuales las dejaban casi siempre una parte de las ganancias, a condición de tenerlas disponibles un par de horas a la semana.

—Nadie diría que estas gentes, que viven tan en paz por el día, se asesinen tan cómodamente por la noche—repuso uno de los guardias.

—Se pierde poco—agregó el compañero.

—¿Conocen ustedes a Van-Tuborg?...—inquirió Margot.

—¿El holandés? ¡Ya lo creo; no andará lejos de aquí! Es el que mejor vive de todos los del *quartier* y el más honrado, si cabe.

Van-Tuborg había sido campeón de boxeo, pero dejó el oficio cuando se rompió una pierna. Era el protector de todas las prostitutas que empezaban el "arte", su consejero y su defensor cuando se presentaba el caso. Cuando alguna era detenida injustamente, él se encargaba de dar los pasos necesarios para conseguir su libertad, utilizando las influencias que tenía con los comisarios e inspectores de las Comisarías del barrio. Aseguraba que sólo se había manchado las manos con sangre en las narices de sus adversarios y de algunos chulos poco razonables, teniendo a gala decir siempre en voz alta que no había centro policíaco donde estuviesen registradas sus huellas dactilares. Y era cierto.

Van-Tuborg, aunque había nacido en Holanda, vino a París muy joven, instalándose en la Chapelle. Allí empezó su carrera de boxeador, viviendo después de las lecciones que daba. Sus cincuenta años los llevaba con una arrogancia magnífica. Siendo todavía un mozo, recogió a una niña, que la madre abandonó en el quicio

de la puerta de su casa, y después de inscribirla en el Registro, la crió y educó, viviendo para ella. A la sazón estaba terminando la carrera de Leyes en Perpignan.

La Policía le consideraba como a un buen colaborador. Van-Tuborg no ocultaba su inteligencia con los comisarios; era como un policía más, buen conocedor de las gentes del medio, a las que toleraba todo menos los delitos de sangre, los robos a mano armada y los malos tratos a las mujeres. El que incurría en la aversión del holandés podía mudarse de barrio, porque estaba perdido.

Un día apareció un individuo joven, recién salido de presidio, donde cumplió condena por haber asesinado a su amante. El licenciado llegó al barrio "armando trueno", y se fijó en la "marmita" de un obrero del mercado, que trabajaba honradamente en su oficio, aunque por las noches se mezclaba en asuntos no muy limpios. La pareja vivía feliz en su inteligencia, pero el nuevo empezó a sitiarla, dispuesto a llevársela a la Bastilla.

Los dos rivales se encontraron en la taberna en que el holandés tenía su parada, y, después de unas frases violentas, salieron a la calle. El amante de la muchacha, que había sido discípulo del holandés, sacó el cuchillo que llevaba, dejándolo sobre una mesa. Van-Tuborg recogió el arma, y encarándose con el otro, le dijo:

—Aquí no se pelea más que con los puños, joven.

—Y con los dientes.

—Bien, y con los dientes; pero sin armas.

Los clientes del establecimiento hicieron corro, y los hombres empezaron a sacudirse. El ex presidiario, más corpulento que su rival, no hacía más que defenderse de los certeros golpes que le tiraba el otro. Así estuvieron muchos segundos, hasta que el nuevo, viéndose perdido, sacó un cuchillo, abalanzándose sobre el otro, que tan noblemente había arrojado el suyo antes de empezar la pelea. Pero cuando iba a caer sobre él, sonó un disparo, que partió nadie supo de dónde. La bala le había atravesado la cabeza.

El holandés acudió a socorrer al herido, pero ya era tarde. Un muchacho, que fregaba cacharros en la taberna, declaró ante la Policía que Van-Tuborg se apagó con las manos una quemadura que tenía en un bolsillo de la americana, pero no se supo más.

Algo parecido le ocurrió a un individuo que mató a su amante a los pocos días de salir de la cárcel, donde estuvo recluído dos meses por un robo.

La mujer vivía como todas las que tienen a sus hombres "reposando". Todos los días iba a la cárcel a llevarle unos francos o lo que necesitase el preso, hasta que dejó de ir. Nadie le daba noticias de la joven, y así estuvo cerca de un mes, sirviendo de mofa a sus compañeros de reclusión, que no dejaban de decirle que su "marmita" cocía para otro.

Sólo cuando faltaban tres días para recobrar la libertad, llegó ella al locutorio de la cárcel, llevándole unos francos. Le juró que le había escrito tres cartas, pero él insistió en que no las había recibido. Le hizo saber que la Policía sanitaria la había "manchado" el *livre,* por lo que hubo de permanecer en San Luis hasta que curase una afección blenorrágica.

El chulo no lo creyó y sus compañeros seguían mofándose de él. Por fin salió de la prisión, y cuando llegó a casa se encontró a su querida curándose. El bárbaro la dijo que él la curaría, si ella le decía cómo había de hacerlo, y la joven, feliz y contenta por la libertad de su hombre, se tendió en el lecho para que él la diese unos lavados. Y cogiendo un cuchillo se lo introdujo por la vagina, destrozándola el vientre. Murió antes de que pudiera socorrérsela.

Una vecina empezó a dar voces de auxilio, hasta que llegaron los gendarmes que prestaban servicio en las inmediaciones, y que precisamente se encontraban tomando unos informes que les facilitaba el holandés. Este también acudió al lugar del suceso, cuando se estaba lavando las manos.

—¿Qué has hecho, *Calais?*—le dijo el holandés.

—Curarla nada más. Esperar que prepare la ropa, porque este viaje me parece que va a ser más largo que el que acabé esta mañana.

El Calais, que ya estaba esposado por los agentes, le rogó a Van-Tuborg que le diese algún dinero a cambio de los objetos que pudieran interesarle.

—Abre el cajón de ese ropero, y quédate con mi pistola como recuerdo; no creo que les interese a los señores agentes, puesto que no ha funcionado en este asunto.

—El holandés sacó el arma y se puso a examinarla.

—Ten cuidado, que muerde.

En efecto, "mordió". Cuando la examinaba, dice el holandés que se le disparó casualmente, con tan mala fortuna que el proyectil fué a alojarse en el cráneo del *Calais*. Este homicidio por imprudencia le costó a Van-Tuborg una multa de unos francos... y la gratitud de todo el barrio de la Chapelle.

Las mujeres que sabían portarse decentemente podían contar con la protección de este hombre original, que hacía la justicia más rápida que los jueces y comisarios. Muchas, que habían reñido con sus amantes, venían a refugiarse en la Chapelle, en la seguridad de que allí habían de encontrar más amparo que denunciando sus temores a los agentes del barrio.

No era corta faena mantener a raya a toda aquella legión de forajidos, sin escrúpulos de ninguna clase y dispuestos a todo con tal de asegurarse la posesión y el buen funcionamiento de sus "marmitas". Las peores de ellas, las más tiradas, no necesitaban la protección del holandés, ni éste se molestaba tampoco en echarlas una mano cuando las cosas no marchaban a su gusto. Sostenía el hombre que como él no era una mala persona, sólo acudían a sus intervenciones quienes tenían la conciencia bien limpia, cosa que no hacen jamás los que no saben estar de acuerdo con las leyes del medio, en las que preside una moral especial y respetable.

El mayor delito que puede cometer una mujer es dar dinero a otro hombre o entregarse gratuitamente, aunque esto se perdona mejor; lo otro, no se perdona más que después de una paliza monstruosa, que deja a la culpable más dispuesta para el cementerio que para el hospital. Estas escenas de castigo suelen ser enteramente públicas, lo mismo en la calle que en la taberna. Y no hay más que dejar hacer y ver cómo ocurren las cosas; es la ley del *milieu.*

Pero matar, no; este recurso no se admite más que en circunstancias gravísimas, y eso cuando el matón está seguro de que cuenta con simpatías en el medio; porque si no, está perdido. En el medio, la vida de sus gentes es sagrada; vale bastante más que la de un agente, un trabajador o cualquier persona honrada. Pero lo que no vale nada, o vale muy poco, es la existencia de una prostituta, *porte-malheur,* o sea aquella cuyo hombre sufre condena por culpa suya, y mientras tanto se entrega a otro amante con su cuerpo y sus beneficios.

Estas suelen ser las *condenadas,* las que pagan con la vida o con la belleza del rostro la traición imperdonable. Tales crímenes quedan impunes la mayoría de las veces, y jamás habrá quien se atreva a denunciarlos, ni aun la misma interesada, si queda viva.

En la Capelle hay una mujer joven y bella que pagó una de-

lación bien cara. Un chulo maltrató ferozmente a su coima, amiga o pariente de esta de quien hablo, y cuando un inspector fué a hacer gestiones, tuvo la ocurrencia de dar el nombre del autor de la valentonada. De ello se enteró el amante de la delatora, y una noche, entre él y la amante del detenido, esto es, de la víctima de la paliza, la cortaron la lengua.

En La Villette hay dos ciegas, a las que fueron vaciados los ojos por decir lo que habían visto con motivo de un crimen que se cometió en la misma casa en que ejercían la prostitución. Jamás se ha sabido quiénes fueron los autores de esta terrible venganza, y cuando se las pregunta, responden siempre:

—*¡C'est le milieu!... La loi du milieu.*

Ante esta ley se resignan todos, y nadie protesta fuera del ambiente. Por otra parte, toda esta taifa abundantísima de malhechores prefieren someterse a sus reglas estrechas mejor que a las más amplias y menos duras del "otro mundo", cuyos jueces no comprenden jamás el derecho que adquiere un hombre sobre su amante cuando se dispone a sacrificar su libertad por ella y a vivir de su esfuerzo.

Uno de los guardias nos dijo que la noche antes acudieron a un bar, atraídos por el ruido de varias detonaciones. Cuando llegaron, los concurrentes se hallaban divididos en dos bandos, arrojándose cuantos objetos encontraban a mano, en tanto que la orquesta no dejaba de tocar. Cuando uno de los vigías anunció la presencia de los agentes, aquella gentuza volvió a bailar y a sentarse en sus mesas, después de haber hecho desaparecer la mayor parte de las pruebas de la refriega, operación que llevaron a cabo delante de los policías. No hubo medio de averiguar qué es lo que había ocurrido, hasta que, debajo del mostrador, apareció la cabeza ensangrentada de una pobre muchacha, a la que su chulo había cortado el rostro en un momento de celos. El otro que la pretendía, y que, por lo visto, llevaba las de ganar, tan pronto como vió herida a la joven disparó sobre el criminal, el cual repelió la agresión por el mismo procedimiento. Todo esto ocurrió en unos instantes, en menos de tres minutos, que es tiempo más que sobrado para que esta gente sacie sus apetitos de venganza, sin apenas dejar huellas.

La joven no era del *milieu*, pues hacía dos días nada más que dejó de servir en un hotel como camarera y amante accidental de los huéspedes que la llevaba su novio. No obstante, había sido vista varias veces en unión de su agresor en un *bal-musset* del barrio, que es donde la conoció el otro, empezando a cortejarla. Todo esto se supo por la declaración de la herida; pero entre los concurrentes no hubo uno que abriera el pico. En este caso, no habría venganza alguna contra la muchacha, porque, al desfigurarla, el amante perdía automáticamente todos sus derechos, quedando a merced de lo que ella denunciase.

La ley del ambiente, repetimos, no autoriza a nadie a mancharse las manos de sangre, y menos con la de una mujer que no estaba hecha al medio por falta de habilidad de su hombre. Tampoco, por otra parte, había cometido un delito grave, puesto que el otro estaba en el derecho de galantearla, como ella en el deber de rechazarle si efectivamente estaba satisfecha de su hombre, cosa que no hizo, lo que probaba que el antiguo explotador ya no tenía nada qué hacer, como no fuese disputársela con el otro, y esto, suponiendo que ella no eligiera, en cuyo caso, lo único que se debe hacer, en buena ley, es mudarse de barrio aquel de los ex amantes a quien más le convenga.

Todo esto es lo que está bien visto y no hace desmerecer a los hombres ante los ojos de las mujeres, que es lo que más temen estos chulos profesionales. Lo más grave es cuando, encima de haber perdido a la amante, pierde también en la disputa; entonces puede decirse que su derrota transciende a todos los alrededores de su antiguo campo de operaciones, y ya no hay mujer que le haga caso ni siquiera para bailar con él una vuelta de acordeón.

—*C'est un coquard.*

Y su fama de "gallito" fracasado se extiende como la mancha de aceite, no reconquistando sus derechos hasta que cualquier proeza no viene a poner de manifiesto que aún le quedan buenos espolones. De *souteneur* se pasa a ladrón, ya que no puede haber otro oficio que menos esfuerzos requiera y más utilidades produzca, y de ladrón se sube en categoría hasta llegar a la esfera de los apaches y de las mujeres bravas, que es la clase más peligrosa de las prostitutas, la más temible y también la más abnegada.

—¿Podrá irse hoy a "El rubí rojo"?—inquirió Margot.

—Ahora anda por ahí la peor gente, y como hoy es sábado estarán muy entretenidos, preparando los golpes de mañana domingo. Vayan ustedes a ver...—repuso uno de los guardias.

La taberna de "El rubí rojo" estaba un poco lejos, hacia la puer-

ta de Clignancourt. Nos despedimos de los guardias, los cuales nos prometieron dar un vistazo si encontraban a la pareja de relevo.

Margot había amartiliado su pistola, pero llegamos sin novedad al final de la excursión a través de lo más horrible de estos suburbios infectos.

LOS APACHES

El delincuente francés.—Las hembras de los apaches.—La criminalidad entre las prostitutas.—Diferencia entre el chulo y el apache.—La influencia de la mujer.—La bailarina Diana d'Algy.—Sacerdotisas de Safo.—La opinión de una «apachinette».—Lo que no hacen las hembras del «milieu».—Cómo se pierde una amante.—La purga de las seis balas.—Los niños no fuman.—Cómo se ingresa en el «milieu».—Mi conformidad con las teorías de la herencia

En París hay que distinguir dos categorías de delincuentes en este aspecto del crimen, según el campo de operaciones en que desarrollen sus actividades. El malhechor de guante blanco es internacional, y, sobre todo, predominan los americanos, ingleses e italianos. El apache francés, el legítimo, no usa guantes más que cuando va a operar, y para eso, de caucho finísimo, que no resta a los dedos una parte notable de su sensibilidad tactil. De lo único que no puede presumir el "chauvinismo" francés es de tener delincuentes distinguidos, como aquel Harrison americano, el Eduardo Arcos español, el italiano Montfierro, y otros muchos, que alcanzaron verdadera celebridad en el mundo del delito. No pueden envanecerse los franceses—si esto puede considerarse como un motivo de orgullo nacional—más que de tipos como el famoso Landrú, burdo, inculto y enfermo mental, sin imaginación alguna, o del apache de los suburbios, inmortalizado en las novelas de aventuras, en los valses apaches y en las javas melancólicas.

Estudiando el modo de vivir de estas gentes, cuyo móvil esencial es la sexualidad, no tenemos más remedio que reconocer la razón que asistía a los criminalistas italianos para afirmar que la prostitución en la mujer es el equivalente de la criminalidad en el hombre, y la única forma adecuada, según su estructura psicofísica, de dar rienda suelta a los instintos criminales.

Entre la hembra del apache es donde se encuentra más acusado el tipo de prostituta nata, con casi todas las características morfológicas lombrosianas; pero tampoco es posible afirmar que todas encajen perfectamente en esos marcos estrechos de las concepciones de tan ilustre sabio.

Féré se muestra de acuerdo con la teoría de Lombroso de que si las prostitutas deben incluirse entre las mujeres criminales, la criminalidad femenina iguala a la masculina. Esta concepción es demasiado amplia y, por lo tanto, muy discutible antes de asegurar que es cierta. El mismo autor afirma que es muy difícil incluir a la prostitución en los índices de la criminalidad ordinaria, por ser muy difícil, en los tiempos actuales, fijar cuáles son los límites de esa prostitución. Y luego añade: "Si se considera que la criminalidad tiene, en definitiva, por móvil principal el deseo excesivo de procurarse la mayor cantidad de bienes con el menor esfuerzo posible, hasta apoderándose del trabajo ajeno, se puede decir que la prostitución tiene el mismo origen que el crimen; prostitutas y criminales tienen por carácter común el ser improductivos y, por tanto, antisociales. La prostitución constituye, pues, una forma de criminalidad, una criminalidad de impotencia, que libra a la mujer, más a menudo que al hombre, de la criminalidad violenta o destructiva."

No queremos discutir demasiado esa afirmación, caprichosa y falsa, de que las prostitutas y los criminales tienen por carácter común el ser improductivos, pues si volvemos la vista a la historia y las costumbres de todos los pueblos de la antigüedad, lo mismo que en la vida contemporánea, nos encontramos con el hecho de que, mientras se llegó a adorar a las prostitutas, nunca dejó de perseguirse y castigar con las penas más severas a los criminales que atentaban contra la propiedad, la vida o el bienestar de sus semejantes.

La prostituta, mientras se ha limitado a ejercer su profesión, ha cumplido siempre una misión social imprescindible y sin sustitución más que por la inmoralidad de otros usos; ha producido en toda hora algo que ha convenido conservar para lograr el equilibrio entre las necesidades primitivas del hombre y las conveniencias de la civilización. Pero el ladrón ha sido siempre antisocial e improductivo, y, a la vez, ha producido prostitutas y dado lugar al desarrollo de otros vicios en aquellos sectores sociales donde ha logrado introducirse formando colectividades de mayor o menor

número y de existencia más o menos fácil y peligrosa para el resto de la comunidad honesta.

Esto es lo que sucede con la *apachinette;* que es, en su mayor parte, "creación" del apache, obra suya desde el punto de vista del perfeccionamiento de sus burdas disposiciones para el crimen. La *apachinette* auténtica, coincide, por lo general, con los tipos de Lombroso, Carrara y Féré, encontrándonos con la circunstancia curiosa de que es más criminal que prostituta, esto es, menos ardiente para el amor que vehemente para el delito. Lo que ocurre es que la sociedad y las instituciones que la defienden han convenido en que la categoría que debe atribuirse a estas mujeres es la de prostitutas, hecho absolutamente falso, puesto que existen muchas mujeres que son incapaces de traicionar a sus hombres sexualmente, bien por un convencimiento o una moral o bien por temor a las represalias del amante. No obstante, ello no quiere decir que todas estas mujeres vivan al ritmo de tales sentimientos de una manera unánime, aunque sí es fácil observar el hecho de que la amante o la compañera del apache que vive bien no se prostituye, esto es, no comercia con su cuerpo hasta que no la obligan a ello las necesidades económicas de la sociedad conyugal, como cuando su hombre no "trabaja" o está "reposando" a la sombra de un presidio.

No es lícito confundir al *souteneur,* esto es, al chulo, con el apache profesional, dado al delito en virtud de sus condiciones naturales. El chulo suele ser un ente absolutamente improductivo, pero falto de valor para ser delincuente; el apache, en cambio, es igualmente improductivo, pernicioso y antisocial, pero valiente, y, aunque parzeca extraño, capaz de ser reformado, porque ya dispone de una fuerza de voluntad que no requiere otra cosa sino ser encauzada por derroteros útiles a la sociedad. Así, pues, el chulo es un vago; pero el apache es *trabajador,* conoce una actividad susceptible de ser transformada mediante de una dirección racional e inteligente.

No podemos olvidar tampoco la influencia que la mujer ha ejercido sobre la moral del hombre desde que el mundo es mundo. El apache suele ser un hombre de sentimientos malvados, de instintos crueles y perversos para sus semejantes honestos, pero un verdadero sentimental para la mujer, para su amante, para aquella que la prodiga ternuras que no ha conocido en su vida. El apache es un ser grosero, de instintos primitivos, aparte del excedente de su criminalidad. No es posible encontrar entre cien apaches

cinco que posean una cultura siquiera elemental, ni más instrucción que la recibida a la fuerza en los correccionales o en el ambiente en que ha vivido. La mayor parte de los malhechores de este rango, ni han asistido a la escuela hasta la edad en que esa instrucción pueda representar una garantía para el bienestar de la sociedad, ni han disfrutado en el seno de su familia de ejemplos loables, ni de situaciones propicias a un desarrollo moral y fisiológico perfecto. Y esto mismo ocurre con esas prostitutas que les acompañan: son lobos de la misma camada, que pasaron por vicisitudes idénticas a las de sus compañeros.

Yo he conocido en "El rubí rojo" a una muchacha de veinte años, que, siendo parisina, apenas si hablaba más francés que el más fino *argot*, si puede amitírseme esta calificación. Yo tuve que valerme de un intérprete para comprender muchas de las frases y giros con que salpicaba su conversación. Era hija de la dueña de una taberna de Clignancourt, y desde su infancia más remota no había oído hablar otra lengua que esa jerga bárbara y llena de grafismos sorprendentes.

Esta muchacha, sin cultura de ningún género y sin otra educación que la adquirida en el ambiente en que nació y seguía desarrollándose, perdió la virginidad como se pierde un guante: dejándosela olvidada en la mesa de una taberna bajo las caricias de un borracho que la regaló un collar de cinco francos. Tenía entonces catorce años y una curiosidad loca por saber qué era "aquello" que tanto agradaba a los hombres. Después se lió con un muchacho cinco años mayor que ella, con el que continuaba, siéndole más fiel que el frío al invierno.

Cuando entramos en "El rubí rojo", se levantó de su asiento para curiosear un pendentif falso que llevaba Margot.

—¿Me lo dejas ver?—la dijo sin otras palabras.

Y mi amiga, a tono con el ambiente, repuso:

—¿Te gusta? Te advierto que no vale cien francos, pero si te agrada te lo regalo.

Lo aceptó con júbilo y se obstinó en que la acompañásemos a beber una cerveza mientras llegaba su hombre. Pagó con un billete de 500 francos.

—Vives bien, según veo—dijo mi amiga en *argot*.

—Ahora, sí; él sabe buscarse la vida. Lleva ya ocho años en el "arte", casi desde que nos conocemos.

—¿En qué trabaja?

—Según... Vale para todo; ya ha estado "pensionado por el Gobierno" cuatro veces por las cajas. ¿Y tú?—agregó, dirigiéndose a mí.

—No habla nuestra lengua; es español.

Entonces empleó el poco francés que conocía para preguntarme si yo "era gente". Margot la dijo que sí, pero en otro oficio: las drogas.

—¿En París?

—No; en Marsella y Barcelona nada más—repliqué muy centrado en mi papel.

—El mío también hizo algo de eso, pero lo dejó porque le pensionaron seis meses; es de lo más difícil; hay que presentarse muy bien en todas partes y meterse en el mundo. Nosotros no servimos para eso, aunque a mí me gustaría conocerlo bien. Aquella que está allí sentada lo conoce muy bien; es la Diana d'Algy, una antigua bailarina del *Folies*, que está medio loca de tanto tomar de todo.

Margot tuvo curiosidad por conocerla, ya que recordaba muy bien los triunfos que había obtenido no hacía aún muchos años. También, como ella, había servido para los editores de desnudos artísticos.

—Yo le daré a usted algunas *poses* que tengo de ella, y así podrá apreciar mejor el envilecimiento en que ha caído esa desgraciada. (Lámina IV.)

Ahora estaba mal vestida y peor alimentada. Aunque no tendría más de treinta años, parecía una anciana de cincuenta, con los ojos grises, hundidos y opacos, el cabello gris, muy delgada y con una mueca siniestra en sus labios, que antes besaron millonarios y príncipes.

—Tiene una enfermedad que la produce ataques terribles de lujuria; lo mismo se acuesta con un viejo que con un chiquillo cuando la da la locura, y todo lo que gana vendiendo drogas se lo gasta en pagar a sus hombres. Cuando no tiene dinero, se da al primero que quiere tomarla, y si no encuentra nadie se remedia ella sola. Es una tía puerca, que produce compasión.

La querida del "pensionista" recalcitrante nos dejó unos momentos para llamar al teléfono a una amiga.

—¿Qué le parece a usted esta gente?—me preguntó Margot.

—Muy interesante; los de la Chapelle son unos infelices al lado de éstos.

—Aquí ya se habla por miles de francos, aunque, como usted ve, el aspecto no es mucho más distinguido.

En efecto, aquel salón no era más que una cueva llena de mesas y sillas y con un espacio en el centro, donde se podían mover cómodamente quince o veinte parejas de bailarines. Como habían dicho los gendarmes, las mesas estaban ocupadas por individuos de catadura poco tranquilizadora, que acaso al día siguiente a la misma hora estuviesen albergados en los calabozos de la Prefectura. Yo creo que no hacían otra cosa que preparar los golpes dominicales, tan abundantes en este tiempo, cuando todo París se vierte en el campo y en las afueras.

A pesar del estruendo de la orquesta—dos acordeones, un clarinete, un violín y un piano—, a cuyos acordes bailaban ocho o diez parejas, los "trabajadores" tramaban sus planes en voz alta; pero no tanto que pudiera escuchárseles en las mesas inmediatas Cerca de nosotros había dos hombres y una mujer joven, que, para librarse de los efectos de aquella atmósfera caldeada, se había desabrochado la blusa, dejando los pechos al descubierto. El, que debía ser su amante, la acariciaba de vez en cuando, sin perder una sílaba de lo que ella hablaba. Debía ser la capitana de aquella reducida banda.

Me fijé en las manos de los bailarines, cuidadas y finas. Todos ellos lucían anillos de indudable valor, de cuya procedencia no podía caber la menor duda. Ellas, en cambio, no llevaban joyas; si acaso, un relojito de pulsera de escasas pretensiones. Sólo una ostentaba un par de magníficos pendientes de brillantes.

—La conozco—dijo Margot—; la llaman "la Rusa", y, según dicen, es la hija de un aristócrata que asesinaron los revolucionarios en Moscú. Ahora creo que se dedica a las drogas, y tan pronto se la ve en estos sitios como en los *halls* de los mejores hoteles. El que baila con ella es un ladrón italiano, que se hizo rico a consecuencia del golpe que dió en un Banco de Florencia.

En una mesa vacía que había a nuestra izquierda fueron a tomar asiento dos mujeres. Una, representa treinta y tantos años de edad y veinticinco de profesión. Su *robe*, hechura de sastre, era completamente masculina, incluso los zapatos, de tacón bajo. La acompañante, por el contrario, era el prototipo de la más exquisita feminidad. Salieron a bailar y los demás las hicieron sitio para verlas. La de más edad, una aristócrata francesa, había "retirado" a la joven, gratificando a su amante, un conocido ladrón, con varios miles de francos. Yo no he visto nunca a un hombre que estrechase a su pareja con la lubricidad que lo hacía aquella mujer con su pequeña amante. Cuando terminó la orquesta, la tomó entre los brazos como si fuera un juguete, la besó largamente en los labios y la sentó en la mesa. La chiquilla se reía estrepitosamente de aquella excentricidad de su protectora. Las dos mujeres, de haber sido madres, estoy seguro que no hubieran podido traer al mundo otra cosa que criminales y prostitutas.

Me sorprendió que ninguno de los presentes, ni ellos ni ellas, esbozasen ni siquiera el menor gesto de réplica ante aquellas licencias, que nadie se permitía. Sólo una chulilla, seguramente recién lanzada, dijo cerca de nosotros:

—Luego dirán que nosotros somos viciosas.

En esto entró otra muchacha, que se unió a las dos mujeres, a las que besó largamente. Era hija de la aristócrata, y creo que sería capaz de aventajar a su madre. No había acabado de quitarse los guantes, cuando se aproximó a ella la Diana d'Algy, invitándola a bailar. La antigua danzarina debía amarla apasionadamente, a juzgar por las miradas que la dirigía; pero ni un gesto obsceno, ni un ademán escandaloso. A la mitad de la pieza dos hombres deshicieron la pareja; el más joven, un adolescente casi, era el protegido de la ex bailarina, y el otro, de unos veinticinco años, el camarero de un club elegante, a quien ayudaba a vivir la hija de la aristócrata.

Es casi seguro que entre toda esta fauna no era posible encontrar a mujeres más depravadas que aquellas hembras de sangre azul. Sus ademanes, de una elegancia decadente, contrastaban con los gestos francos y brutales de las otras mujeres, llenos de naturalidad. Realmente, no eran más que esclavas de la forma, de la que no prescindían ni en aquel ambiente, cuando el instinto se hallaba bajo la influencia de un colapso. En cambio, el resto de las mujeres, menos educadas, menos cultas y más instintivas y "sin nada que perder", no se permitían la menor licencia que pudiese desentonar demasiado en otros medios más honestos.

Hasta el camarero amante de la muchacha parecía cohibido delante de aquellas mujeres, más tiradas que las mismas *apachinettes*, y que hacían cosas que no ejecutaban las demás.

Era extraño, al menos a mi juicio, que no hubiese ocurrido nada anormal después de cerca de una hora que llevábamos en "El rubí rojo", y cuando me hacía esta reflexión, ocurrió el primer lance.

Uno de aquellos individuos, buen tipo, un verdadero atleta, se

aproximó con la gorra en la mano a la amante del camarero, solicitándola para bailar. Este se irguió del asiento:

—Está conmigo y no baila con nadie.

—Bien; pero eso debe decírmelo ella, y no tú, galán. ¿Qué dice usted, señorita?

La muchacha miró a su amante y repuso:

—Un baile no se niega a nadie.

Entonces el despechado la tiró violentamente de un brazo, sentándola en el banco. Pero el solicitante, que se sabía dueño de la situación, le asestó una bofetada que sonó como un tiro y le derribó cuan largo era.

Se levantó rápidamente del suelo, y con la misma rapidez sacó una pistola. No tuvo tiempo de usarla, porque otro individuo se la quitó de las manos de un certero puntapié.

—Y ahora vas a ver para lo que valen tus balas, cochino—dijo el que le había hecho soltar el arma.

Recogió la pistola del suelo, y, después de comprobar que había un proyectil en la recámara, pronto para ser disparado, extrajo el cargador y sacó las seis balas restantes, que puso sobre la mesa.

—Ahora, una por una, te vas a tomar estas píldoras, que son infalibles para curar el mal genio. Y si no lo haces con ésta que tengo aquí te voy a abrir un agujero en la cabeza para meterte las otras.

El camarero empezó a temblar, porque el gesto del apache no podía ser más sincero.

Sacó el reloj.

—Un minuto te doy para que te purgues.

Y convencido de que el plazo no admitía demora, el hombre se tragó las seis cápsulas sin protestar. Luego, con un gesto cínico, se puso un cigarrillo en los labios, y cuando se disponía a encenderle, el de la pistola se lo arrebató de un balazo.

—Los niños no fuman. ¡Largo de aquí!...

Salió de la taberna sin dirigir la mirada a su amante, que, como una gata, se había ceñido al cuerpo del que la solicitó para bailar. La madre debió envidiar a su hija por unos instantes.

Otra vez el salón había recobrado su aspecto habitual, y las parejas se entregaron de nuevo a la danza, después de aquella interrupción.

La muchacha bailaba con el apache, comiéndosele con los ojos.

No cabe duda que en aquella colectividad de asesinos acababa de ingresar un nuevo elemento, una verdadera prostituta, a pesar de sus blasones, de sus principios y de todas las circunstancias más favorables para no tener motivos que la hiciesen salir de las márgenes de una vida honesta. Pero "lo había mamado"; lo llevaba en la masa de la sangre como un virus infalible, y ante esto, indudablemente, no había remedio.

A partir de aquella noche memorable acabé de comprender perfectamente a ese gran sabio italiano que fué César Lombroso.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LA CASA DE MADAME RENARD

En los tiempos de la guerra.—Musset, Baudelaire y la moneda de dos francos.—Durand, el «gancho».—Una venganza en el «milieu».—Las condenadas a muerte.—El caso de la «Matelot».—Un chulo español, y basta.—La fidelidad del «souteneur».—La razón de ser del chulo.—El romanticismo de Raul «el garçon».—Los triunfos de Josefina Baker.—Las historias fantásticas de Madame Renard.—La celebridad de su burdel. 9

EL 34 DE LA RUE BLONDEL

Panorama de conjunto.—Desnudas y desvestidas.—El espectáculo que provocó un doble suicidio.—El «petit trabail».—La negra de Jamaica.—Diferencias entre blancos y negros.—Las razones de «la Blanche».—Por qué los blancos gozan menos.—Los que comen excrementos.—La fúnebre manía de un periodista.—Del «trottoir» al foro.—Una buena madre y un juez que no comprende.—Intermedio sentimental.—Los hijos de la encargada 25

DE LA MADELEINE A LA PLAZA CLICHY

El París de los bulevares.—En busca del canon de Lombroso.—Una española en París.—Mi dolencia sexual.—Mi conquista.—La cojita de Clichy.—Los dramas del Bosque de Bolonia.—Una partida de vicio.—Cómo se ganan cien dólares.—El bautismo de la neófita.—No hay matrimonio imposible.—Las muertes por accidentes.—La historta eterna de la miseria.—Las aficiones del viejo sanguinario.—El final de todas.—¿Cuándo acabará la prostitución?..... 39

MARGOT, LA DEL CAFE D'ANGLATERRE

Boceto de su retrato.—Margot y los hombres.—Los razones psicológicas de su repulsión.—Una historia

Páginas

como hay muchas.—El fabricante de aceros.—Las tres alemanas.—Margot, de la represión, y yo, tratante de blancas.—El brillante de promesa.—Una visita de la policía mundana.—La venganza de Margot.—Un negocio que decae.—Las «coloniales».—Los papeles, la doncella y la pistola «Star».—Hacia la Puerta de la Chapelle..... 55

ESCENAS TRAGICAS DE LA PROSTITUCION EN PARIS

En el riñón de la Chapelle.—Lo que vale un hombre. En el «quai» de la Gironde.—La moral del matarife.—La del asesino.—Un guardia que nos confunde y que no nos cree malos.—La vida de día.—El holandes Van-Tuborg —Una muerte misteriosa.—Homicidios por imprudencia.—La ley del «milieu».—Las «porte-malheur».—Una muda y dos ciegas.—Lo que no comprenden jamás los jueces. – De chulo fracasado a apache prestigioso..... 69

LOS APACHES

El delincuente francés.—Las hembras de los apaches.—La criminalidad entre las prostitutas.—Diferencia entre el chulo y el apache.—La influencia de la mujer.—La bailarina Diana d'Algy.—Sacerdotisas de Safo.—La opinión de una «apachinette».—Lo que no hacen las hembras del «milieu».—Cómo se pierde una amante.—La purga de las seis balas.—Los niños no fuman.—Cómo se ingresa en el «milieu». Mi conformidad con las teorías de la herencia..... 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I:
Josefina Baker 33

LAMINA II:
Una pupila de Madame Renard 34

LAMINA III:
La sensibilidad de los negros 48

LAMINA IV:
Diana d'Algy 49

En el próximo volumen

LOS MALES VENEREOS

Historia de las dolencias sexuales.—Los métodos preventivos.—El azote de la sífilis.—Otras enfermedades venéreas.—Opiniones de los tratadistas.—Los Estados ante el problema